

SOBRE LA MENTE Y EL PENSAMIENTO.-

Interlocutor: *¿Podríamos hablar acerca de la inteligencia y la meditación?*

KRISHNAMURTI: Bien, ¿qué es la vida religiosa? Al considerar eso llegaremos a esta cuestión del observador y lo observado, la inteligencia y la meditación, y lo demás. No sé si a ustedes les interesa de veras averiguar qué significa la religión. No el sentido aceptado de esa palabra, la creencia en algún Salvador, en alguna forma de Dios, en algún ritual, etc., todo lo cual es propaganda y para mí carece en absoluto de valor; eso no es una vida religiosa. ¿Están seguros de que todos ven este hecho? Puede ser que ustedes no pertenezcan a ninguna secta, grupo o comunidad que cree -o no cree- en Dios. Esa creencia -o no creencia- en Dios es otra forma de temor, es la mente deseando alguna clase de seguridad, de certeza: por ser nuestra vida tan incierta, tan confusa, tan carente de sentido, necesitamos algo en qué creer. ¿Podemos entonces descartar también la esperanza de que exista algo externo, un agente superior? Es obvio que, para investigar, todo eso debe ser desechado.

El pensamiento puede imaginar cualquier cosa -dioses o no dioses, ángeles o no ángeles- y al imaginarlo puede producir toda clase de percepciones neuróticas, ideas y conclusiones. Cuando el hombre sabe eso, inteligentemente, entonces dice: ¿cómo puede estar quieto el pensamiento de modo que la mente sea libre para indagar? El pensamiento es capaz de inventar o imaginar cualquier tipo de conclusiones, de proyectar una imagen en la que la mente humana encuentra seguridad; esa seguridad, esa imagen, se convierten en una ilusión: el Salvador, el Brahma, el Atman, las experiencias que se obtienen mediante diversas formas de disciplina, etc. De modo que el problema es: ¿puede el pensamiento llegar a estar completamente silencioso? Algunos dicen que eso puede lograrse tan sólo por medio de un sistema de control y disciplina inventado por un maestro. ¿Puede un sistema, la disciplina, el ajuste, aquietar en realidad la mente? ¿O es que el seguir un sistema y practicarlo día tras día, torna mecánica a la mente? y siendo mecánica pueden entonces controlarla como a cualquier otra máquina. Pero el cerebro no está quieto, él ha sido moldeado y condicionado por el sistema que ha estado practicando. Un cerebro semejante, por ser mecánico, puede ser controlado, y piensa que tal control es quietud, silencio. Evidentemente, no lo es. ¿Vemos todos, la necesidad de tener una mente por completo silenciosa? Porque cuando la mente está en silencio, puede ver y oír mucho más, ve las cosas como son; no inventa, no imagina.

¿Puede, pues, la mente tornarse por completo silenciosa sin coerción, sin compulsión ni disciplina?, entendiéndose por disciplina la voluntad, la resistencia, la represión, el acatamiento, el encajar en un molde

preestablecido. Si hacen eso, están forzando a la mente, mediante el conflicto, a adaptarse según un patrón establecido por el sistema. De modo que la disciplina, en el sentido común de la palabra, está descartada. La palabra disciplina, en realidad quiere decir aprender; no acatar, no reprimir, no controlar, sino aprender.

¿Puede toda la estructura del cerebro y de la mente estar por completo silenciosa sin ningún tipo de distorsión provocada por la voluntad, por el deseo, por el pensamiento? Ese es el problema, y conociéndolo hay personas que han dicho: Eso no es posible. Por lo tanto, fueron en la otra dirección, emplearon el control y la disciplina, practicaron toda clase de tretas. En la meditación Zen se sientan prestando atención, vigilando, y si se duermen son golpeados para que se mantengan despiertos. Esta clase de tremenda disciplina es mecánica y, por lo tanto, controlable; se practica con la esperanza de obtener una experiencia que sea verdadera.

En su búsqueda de alguna experiencia supertrascendental, el hombre ha dicho: la mente debe estar absolutamente silenciosa para recibir algo que nunca antes ha experimentado; él jamás ha saboreado el perfume, la cualidad de ello, por lo tanto, la mente debe estar quieta. Y ha dicho que sólo hay un modo de aquietar la mente: forzándola. Cuando para producir una mente quieta, opera la voluntad, hay distorsión. Una mente deformada no puede ver «lo que es». ¿Hacemos esto?, o sea, no ejercitar la voluntad, no forzar la mente mecanizándola con alguna clase de disciplina o sistema, en lo que están incluidos todos los trucos del Yoga, que es algo completamente equivocado. Esas personas que enseñan ejercicios físicos hacen de ello un perfecto fraude.

Al ver, pues, todo esto, ¿puede la mente tornarse por completo silenciosa?; la mente y el cerebro, porque es muy importante que el cerebro esté completamente quieto. El cerebro, que es el resultado del tiempo, con todo su conocimiento, su experiencia, etc., está siempre activo frente a cada estímulo, respondiendo a cada impresión, a cada influencia; ¿puede ese cerebro también estar silencioso?

Interlocutor: *¿Por qué debería estar silencioso? El tiene muchas funciones diferentes.*

KRISHNAMURTI: Debe estar activo dentro del campo del conocimiento, porque ésa es su función. Si yo no supiera que una cobra es una serpiente muy venenosa, jugaría con ella y podría matarme. El conocimiento de que es venenosa es autoprotección; en consecuencia, el conocimiento debe existir -tecnológicamente- en todas sus formas. Nosotros no interferimos con el conocimiento adquirido, no decimos: «Usted no debe tener conocimientos», al contrario, usted *debe* tener conocimiento del mundo, de los hechos. Pero ese conocimiento tiene que ser usado impersonalmente.

De modo que el cerebro ha de estar quieto; si hace cualquier movimiento, su movimiento estará dirigido a la seguridad, porque él sólo puede funcionar en seguridad, sea tal seguridad neurótica, racional o irracional. El cerebro ha de tener esa cualidad sensible que le permita funcionar en el conocimiento de manera plena, total, eficiente, cuerda, sana, y no desde el punto de vista de «mi país», «para mi pueblo», «para mi familia», «para mí». Pero también debe haber esa cualidad sensible que torne al cerebro completamente quieto; ése es el problema. He explicado el problema, lo he descrito, pero ello nada tiene que ver con el hecho. El hecho es si usted, al escuchar esto, ha descartado toda forma de creencia organizada, toda forma de querer más y más experiencia. Porque si usted está deseoso de tener más experiencia, entonces opera el deseo, que es voluntad.

El hecho es, entonces, que si usted está interesado en seguir una vida religiosa, ha de hacer esto, lo que significa llevar una vida realmente seria; nada de drogas, todo eso está fuera de lugar. Y tampoco debe buscar o exigir experiencias. Porque cuando usted busca la experiencia - trascendental o como quiera llamarla- la busca porque está aburrido de las experiencias de su vida cotidiana y quiere tener una experiencia que esté más allá de eso. Y cuando usted está experimentando lo que uno llama un nivel diferente o trascendental de experiencia, en ello están el experimentador y lo experimentado; está el observador que experimenta, y lo observado, que es la experiencia. De modo que hay división, hay conflicto: usted desea más y más experiencia. Eso también debe ser completamente desechado, porque cuando usted indaga, no hay lugar para la experiencia.

Uno ve con claridad que es absolutamente necesario que el cerebro, la mente, el organismo, todo el sistema esté quieto. Como usted puede ver, cuando quiere escuchar algo como la música, su cuerpo, su mente, están quietos. Usted está escuchando. Y si escucha a alguien que habla, su cuerpo se aquieta. Cuando usted quiere comprender algo, la mente, el cerebro el cuerpo, todo el organismo se aquieta con naturalidad. ¡Vean cómo están todos tranquilamente sentados! No se están forzando a permanecer quietos, porque ustedes se interesan en descubrir. Ese mismo interés es la llámé que aquieta la mente, el cerebro, el cuerpo.

Ahora bien, ¿qué relación tiene la meditación con la mente silenciosa? La palabra meditación significa medir; ésa es su raíz etimológica. El pensamiento tan solo puede medir, el pensamiento es medición. Por favor es importante que esto se comprenda. Uno en realidad no debería emplear la palabra «meditación» en absoluto. El pensamiento se basa en la medida, y el cultivo del pensamiento es la acción de medir, tecnológicamente y en la vida. Sin la medida no podría existir la civilización moderna. Para ir a la luna es preciso que ustedes tengan la capacidad infinita de medir.

Aunque es obvio que la medición es necesaria esencial, ¿cómo puede el pensamiento -que es mensurable, que es medida- no intervenir? Pongámoslo

a la inversa. Cuando hay esta absoluta quietud de la mente, de todo el organismo incluido el cerebro, cesa el pensamiento como medición. Entonces puede uno investigar si existe lo inmensurable. Lo mensurable es pensamiento y, mientras el pensamiento funciona, lo inmensurable no puede ser comprendido. Por eso se ha dicho: controlen, desestimen al pensamiento. Y todo el mundo asiático investigó lo inmensurable desdeñando lo mensurable. ¿Están siguiendo esto?

Empleando, no obstante, la palabra «meditación», ¿qué relación tiene eso con una mente muy silenciosa?

¿Puede realmente callar el pensamiento -lo que implica completa armonía de la mente, el cuerpo y el corazón- y verse, no obstante, la verdad de que el pensamiento es mensurable, y que todo el conocimiento que él ha producido es esencial? Y ver también la verdad de que el pensamiento, que es mensurable, jamás puede comprender lo inmensurable.

Ahora bien, si uno ha llegado hasta aquí, ¿cuál es entonces la relación entre esta cualidad de lo inmensurable y la vida cotidiana? ¿Están todos dormidos? ¿Son hipnotizados por quien les habla?

Sabemos que el pensamiento es medida, conocemos todo el daño que él ha provocado en la vida humana, la desdicha, la confusión, las divisiones entre la gente: «Usted cree y yo no creo», «su Dios no es mi Dios». El pensamiento ha producido⁶⁵ estragos en el mundo. Pero él es también conocimiento, de modo que resulta necesario. Ver la verdad de eso, y de que el pensamiento nunca puede investigar lo inmensurable, es ver que nunca puede experimentarlo como el experimentador y lo experimentado. Así es que, cuando el pensamiento está absolutamente quieto, existe entonces un estado, o una dimensión, en la que lo inmensurable tiene su propio movimiento. Ahora bien, ¿qué relación tiene eso con la vida cotidiana? Porque si no hay tal relación, entonces habré de vivir una vida en que estaré midiendo cuidadosamente mi moralidad, mis actividades, según la medida del pensamiento, pero ello será algo muy limitado.

¿Cuál es entonces la relación entre lo desconocido y lo conocido? ¿Qué relación hay entre lo mensurable y aquello que no es mensurable? Algo debe unirlos, y eso es la inteligencia. La inteligencia nada tiene que ver con el pensamiento. Usted puede ser muy talentoso puede argumentar muy bien, puede ser un gran erudito. Puede haber

experimentado, haber vivido una vida formidable recorriendo el mundo entero, investigando, buscando, mirando, acumulando gran cantidad de conocimientos, puede haber practicado el Zen o la meditación hindú. Pero todo eso nada tiene que ver con la inteligencia. La inteligencia surge cuando mente, corazón y cuerpo están en armonía.

Por lo tanto -sigan esto, señores- el cuerpo debe ser altamente sensible. No obeso, no entregado en demasía a la comida, a la bebida, al sexo y a todo cuanto hace que el cuerpo se embote, se torne grosero, pesado. Ustedes tienen que comprender todo eso. El mismo acto de verlo hace

que coman menos, da al cuerpo su propia inteligencia. Si existe una percepción alerta del cuerpo si no se lo fuerza, entonces el cuerpo se vuelve muy, muy sensible, como un bello instrumento. Y lo mismo con el corazón; o sea, que éste nunca es lastimado ni puede lastimar a otro. No lastimar y no ser lastimado, ésa es la inocencia del corazón. Una mente que no tiene miedo que no exige placer -lo que no significa que ustedes no puedan gozar la belleza de la vida, de los árboles, de un rostro hermoso, que no puedan contemplar a los niños, el fluir de las aguas, las montañas y los verdes prados- en eso hay un gran deleite. Pero ese deleite, cuando es perseguido por el pensamiento, se convierte en placer. La mente debe estar vacía para ver con claridad. De modo que la relación entre lo inmensurable, lo desconocido y lo conocido, es esta inteligencia, la cual nada tiene que ver con el budismo, con el Zen, conmigo o con usted: ella nada tiene que ver con la autoridad o la tradición. ¿Han dado ustedes con esa inteligencia? Eso es lo único que importa. Tal inteligencia actuará en este mundo moralmente. La moralidad es, entonces, orden, y éste es virtud. No la virtud o la moralidad social, que es totalmente inmoral.

Por lo tanto, esa inteligencia produce orden, que es virtud, que es algo viviente, no una cosa mecánica. De manera que usted nunca puede practicar para ser bueno, para tratar de ser humilde. Cuando existe esa inteligencia, ella produce naturalmente orden y la belleza del orden. Esto es una vida religiosa, no todo el engaño que hay en torno de ello.

Mientras escuchan a quien les habla, ¿han comprendido esto, pero no de manera verbal o intelectual, sino realmente, han visto la verdad de esto? Si han visto esa verdad, ella actuará. Si ven la verdad de que una serpiente es peligrosa, ustedes actúan. Si ven el peligro de un precipicio, el hecho, la verdad de ello, ustedes actúan. Si ven la verdad del arsénico, del veneno, también actúan. Así es que, ¿ven esto, o todavía viven en el mundo de las ideas? Si viven en el mundo de las ideas, de las conclusiones, entonces eso no es la verdad, es tan sólo una proyección del pensamiento.

Esa es, entonces, la verdadera cuestión: habiendo escuchado esto como lo han hecho en las tres últimas semanas, durante las cuales hemos considerado toda la diversidad de la existencia humana, el sufrimiento, el dolor y el placer, el sexo y la inmoralidad, la injusticia social, las divisiones nacionales, las guerras, etc., ¿ven la verdad de esto y, por lo tanto, es esa inteligencia la que actúa?, no la actividad del «yo». Cuando ustedes dicen, «debo ser yo mismo», que es el lema o el cliché de la generación moderna, si examinan estas palabras: «debo ser yo mismo», ¿qué es el yo mismo? Una cantidad de palabras, de conclusiones, tradiciones, reacciones, recuerdos, un manojo del pasado; y, sin embargo, usted dice: «Quiero ser yo mismo», lo que es demasiado pueril.

Habiendo, pues, escuchado todo esto, ¿existe un despertar de esa inteligencia? Y si existe ese despertar de la inteligencia, entonces ella operará, y ustedes no tendrán que decir: «¿Qué he de hacer?» Tal vez

hayan estado aquí un millar de personas que han escuchado durante estas tres semanas. Si ellas realmente vivieran eso, ¿saben qué ocurriría? Cambiaríamos el mundo. Seríamos la sal de la tierra.

El cerebro responde constantemente de acuerdo con su condicionamiento, a las diversas formas de estímulos: está siempre activo. El cerebro es la respuesta del tiempo, de la memoria; en el cerebro está contenido todo el pasado. Si el cerebro puede abstenerse de responder inmediatamente, entonces existe la posibilidad de una respuesta nueva.

El cerebro opera dentro de los viejos hábitos establecidos por la cultura en que vivimos, por la herencia del pasado racial, etc. Eso es lo que permanentemente responde a cualquier estímulo, juzgando, evaluando, creyendo, no creyendo, discutiendo, defendiéndose, negando, etc. El cerebro no puede existir sin sus conocimientos pasados; debe tenerlos, de otro modo es incapaz de funcionar. Lo que pregunto entonces es si ese cerebro -que es lo viejo- podrá permanecer quieto de modo que una parte nueva esté en condiciones de operar. Cuando usted me halaga, el viejo cerebro dice: «Qué agradable». ¿Pero puede el viejo cerebro escuchar lo que usted dice y no responder, para que así tal vez tenga lugar un movimiento nuevo? Ese movimiento nuevo sólo puede producirse cuando hay silencio, cuando la maquinaria no opera en términos del pasado. ¿Está claro eso? Claro en el sentido de observarlo en ustedes mismos, de otro modo no tiene gracia. No estoy explicando esto para mí mismo, estamos trabajando juntos.

Yo encuentro Cuando uno examina sus propias actividades -que el viejo cerebro está respondiendo siempre según su conocimiento limitado, su tradición, su herencia racial, y cuando eso opera nada nuevo puede acaecer. Ahora quiero averiguar si ese viejo cerebro es capaz de permanecer quieto de manera que pueda tener lugar un movimiento nuevo. Eso puedo hacerlo cuando en mi relación con otro vigilo las operaciones del viejo cerebro, y éste comprende la verdad de que debe estar quieto para que pueda producirse una acción nueva.

El cerebro no se fuerza a estar quieto. Si lo hace, entonces eso es aún la operación del pasado. En ello hay división, conflicto, disciplina, y esas cosas. Pero si el viejo cerebro comprende o ve la verdad de que, en tanto responda constantemente a cualquier estímulo, debe operar a lo largo de los viejos surcos, si el viejo cerebro ve la verdad de eso, entonces se torna silencioso. Es la verdad lo que produce la quietud, no la intención de estar quieto.

Vean, esta cuestión es muy interesante porque uno descubre que hay ciertos cerebros que nunca están condicionados. Ustedes pueden decir, ¿cómo lo sabe? Lo sé solamente porque ello le ha sucedido a quien les habla. ¡Ustedes pueden creerlo o no creerlo! Simplemente, tomen el hecho.

Yo pregunto por qué el cerebro debe funcionar siempre dentro de este viejo molde. Y, si no funciona en su viejo molde, entonces establece, conforme a sus recuerdos, un molde nuevo en oposición al viejo. Nosotros

sólo empleamos una muy pequeña parte del cerebro, y esa parte pequeña es el pasado. Hay una parte del cerebro que no ha funcionado en absoluto, que está abierta, vacía, que es nueva. ¿Conocen algo acerca de eso? No estén de acuerdo con esto. Ustedes sólo conocen las actividades del viejo cerebro, cuando alguna vez son conscientes de ello. Ahora pregunto, si ese viejo cerebro puede permanecer quieto a los estímulos, de modo que pueda surgir una respuesta nueva. Y la pregunta siguiente es: ¿cómo puede ese cerebro, que ha sido tan condicionado, contenerse un poco? ¿Puedo proseguir?

- Y uno descubre que, efectivamente, el cerebro se contiene cuando existe la necesidad, la urgencia, cuando esta cuestión es vital, de modo que una nueva cualidad de la mente, del cerebro, que nunca antes ha sido alcanzada, entra en acción. Esto ocurre, no se trata sólo de mi experiencia. Cualquier científico de alto nivel que está libre del deseo del éxito, o de posición. Debe haberse formulado esta pregunta, porque, ¿cómo descubre él cosas nuevas? Si el viejo cerebro opera todo el tiempo, es incapaz de descubrir nada nuevo. Es sólo cuando el viejo cerebro se aquieta que se ve lo nuevo, y es en ese estado de quietud que algo nuevo se descubre. Este es un hecho.

Ahora bien, ¿cómo puede surgir esta quietud sin esfuerzo, y cómo puede el cerebro estar voluntariamente silencioso? Puede descubrir algo nuevo sólo cuando ve la verdad de que lo viejo no puede hacerlo, y entonces el viejo cerebro se aquieta. La verdad lo torna quieto, él no desea estar quieto. ¿Está bien claro esto? ¿Puede entonces esa quietud operar todo el tiempo, y el viejo condicionamiento de lo conocido operar solamente cuando es necesario? ¿Han comprendido mi pregunta?

Ahora espere, señor, tal vez usted esté en lo correcto. Cuando el viejo cerebro ve que él nunca puede comprender qué es la libertad, cuando ve que es incapaz de descubrir algo nuevo, esa misma percepción es la semilla de la inteligencia, ¿verdad? Eso es inteligencia: «yo no puedo hacerlo». Yo pensaba que podría hacer una gran cantidad de cosas, y puedo hacerlas en determinada dirección, pero en una dirección totalmente nueva, nada puedo hacer. El descubrimiento de eso es, evidentemente, inteligencia.

Ahora bien, ¿cuál es la relación de esa inteligencia con lo otro? ¿Es lo otro parte de este extraordinario sentido de inteligencia? Quiero averiguar qué significado damos a esa palabra «inteligencia»; la mente no debe quedar atrapada en las palabras. Es obvio que durante todos estos siglos el viejo cerebro pensaba que podía tener su Dios, su libertad, que podía hacer todo cuanto quisiera. Y súbitamente descubre que cualquier movimiento del viejo cerebro, es aún parte de lo viejo; por lo tanto, la inteligencia es la comprensión de que el viejo cerebro solamente puede funcionar dentro del campo de lo conocido. El descubrimiento de eso es inteligencia, decimos.

Ahora bien, ¿qué es esa inteligencia? ¿Cuál es su relación con la vida, con una dimensión que el viejo cerebro no conoce?

Veán, la inteligencia no es personal, no es el resultado de argumento alguno, ni de alguna creencia, opinión o razón. La inteligencia surge cuando el cerebro descubre su falibilidad, cuando descubre de qué es capaz y de qué no lo es. ¿Qué relación tiene entonces esa inteligencia con esta nueva dimensión? Quisiera más bien no emplear la palabra «relación».

La dimensión diferente sólo puede operar por medio de la inteligencia; si no existe esa inteligencia, no puede operar. Así es que, en la vida cotidiana, esa dimensión sólo actúa si funciona la inteligencia. La inteligencia no puede funcionar cuando el viejo cerebro está activo, cuando existe cualquier forma de creencia y adhesión a algún fragmento particular del cerebro. Todo eso es falta de inteligencia. El hombre que cree en Dios, el que dice: «sólo hay un Salvador», no es inteligente. El hombre que afirma: «Yo pertenezco a este grupo», no es inteligente. Cuando uno descubre la limitación de lo viejo, el mismo descubrimiento de eso es inteligencia, y solamente cuando esa inteligencia funciona, la nueva dimensión puede operar a través de ella. ¿Lo han captado? Interlocutor: *¿Puedo formular otra pregunta? No estoy completamente de acuerdo con usted. Lo que usted afirma sobre la inteligencia sólo es aplicable a la inteligencia principal. Pero nosotros también necesitamos de la inteligencia secundaria; o sea, la capacidad de integrar lo nuevo con lo viejo.*

KRISHNAMURTI: Eso es lo que sucede cuando no hay inteligencia. No quiero usar la palabra «integrar»; lo nuevo opera cuando existe esa inteligencia que no es tan sólo principal, sino fundamental.

Interlocutor: *Pero vea que en su plática de hoy yo escuché siempre la palabra «principal». Pienso que lo que usted llama «nuevo», es, en cierto sentido, lo principal. Si yo juego a arrojar una moneda, no puedo predecir qué es lo que aparecerá, y se diría que aquí el juego de uno consiste en el acontecimiento fortuito. Yo quiero saber qué piensa usted acerca de la relación que hay entre lo que llama «completamente nuevo» y lo que es azar en el sentido que lo he explicado.*

KRISHNAMURTI: Entiendo. El profesor pregunta qué relación hay entre lo fortuito, la casualidad, y aquello que es totalmente nuevo. Hay acontecimientos en la vida de uno que parecen deberse a la casualidad, sucesos que ocurren por azar. ¿Es nuevo tal suceso, totalmente inesperado? ¿O es la consecuencia de acontecimientos inconscientes, ocultos, que no fueron examinados?

Sucede que yo lo encuentro a usted por casualidad. ¿Es eso casualidad en absoluto, o ha ocurrido porque ciertos acontecimientos inconscientes, desconocidos, nos reunieron? Podemos considerarlo

casualidad, pero no lo es en modo alguno. Yo me encuentro con usted, no sabía de su existencia, y en el encuentro algo ha ocurrido entre nosotros. Eso puede ser el resultado de muchísimos otros eventos de los cuales no somos conscientes, y entonces decimos: «Este es un suceso que se debe al azar, ésta es una inesperada casualidad, esto es totalmente nuevo». Quizá no sea así. ¿Existe en absoluto la casualidad en la vida, un acontecimiento que no tenga una causa? ¿O todos los sucesos tienen en la vida sus causas básicas, profundas, que tal vez nosotros no conozcamos, y por eso decimos: «nuestro encuentro ocurre por casualidad, es un acontecimiento que se debe al azar? La causa sufre un cambio cuando existe un efecto. El efecto se convierte en una causa. Está la causa y está el efecto que se convierte en la causa del efecto siguiente. Siendo, pues, esto lo que ocurre en la vida, ¿existe cosa alguna que sea inesperada, existen la casualidad, el azar? ¿Qué dice usted?

Uno puede leer interminablemente, discutir, apilar palabras sobre palabras, sin jamás hacer nada al respecto. Es como un hombre que está siempre arando y nunca siembra; por lo tanto, jamás cosecha. La mayoría de nosotros estamos en esa situación. Y las palabras, las ideas, las teorías se han vuelto mucho más importantes que el vivir real, que es actuar, hacer. Yo no sé si alguna vez se⁶⁵ han preguntado por qué, a través de todo el mundo, las ideas, las fórmulas, los conceptos tienen tan tremenda significación, no sólo en lo científico sino también en lo tecnológico. Me pregunto por qué. ¿Es ello un escape de la realidad, de la monótona vida cotidiana? ¿O pensamos que las ideas y teorías nos ayudarán a vivir mejor, otorgando una visión mayor, un sentido más profundo a la vida? Porque decimos que sin ideas que den una significación y un objetivo a la vida ésta es muy superficial, vacía y en absoluto carente de sentido. Puede ser una de las razones. ¿O será porque hallamos que el vivir, con su rutina, su aburrimiento, su fatiga cotidiana, carece de una cualidad sensible que esperamos obtener de las ideas?

La vida tal como la vivimos es evidentemente muy brutal y nos torna insensibles, torpes, pesados, estúpidos; y esperamos que mediante ideaciones o actividades de la mente podremos producir cierta condición de sensibilidad. Porque nos damos cuenta de que nuestra vida es, inevitablemente, un asunto repetitivo: sexo, oficina, comida, el parloteo incesante acerca de cosas que realmente nos importan, las fricciones constantes en la relación, todo lo cual contribuye a hacernos duros, crueles, brutales. Y dándose uno cuenta de esto (tal vez no conscientemente pero si en lo profundo) piensa que quizá las ideas, los ideales, las teorías acerca de Dios, del mas allá, pueden dar una cualidad de refinamiento, pueden aportar a esta triste y dolorosa existencia un sentido, una significación, un propósito; pensamos que quizá puedan pulir nuestras mentes, otorgarles agudeza, cierta cualidad que el jornalero del campo o de la fábrica no posee. Tal vez

ésta sea una de las razones por las cuales nos complacemos en este juego peculiar. Pero aun cuando nos agudicemos y avivemos en lo intelectual por medio de argumentaciones, discusiones, lecturas, etc., ello no produce realmente esa condición de sensibilidad. Y ustedes saben hasta qué punto son insensibles esas personas eruditas que leen, teorizan y discuten brillantemente.

Pienso, pues, que es muy importante comprender esta sensibilidad que destruye la mediocridad. Porque me temo que la mayoría de nosotros nos volvemos más y más mediocres. En modo alguno estamos empleando estapalabra con un carácter denigrante, sino que tan sólo observamos el hecho de la mediocridad como la condición de una persona promedio, bastante bien educada, con un buen pasar y tal vez capaz de discutir con habilidad. Pero con esto seguimos siendo burgueses, mediocres no sólo en nuestras actitudes sino en nuestras actividades. Y la edad madura no produce una mutación, un cambio, una revolución en la mediocridad (esto puede apreciarse muy claramente); aunque uno tenga un cuerpo viejo, la **mediocridad prosigue bajo formas diferentes.**

Tal vez podríamos investigar esta cuestión de la sensibilidad (no el mero refinamiento físico, el cual evidentemente es necesario), sino la cuestión de la sensibilidad, de la más alta forma de sensibilidad, que es la más alta cualidad de inteligencia; sin ser sensibles ustedes no son inteligentes. Para escuchar a ese cuervo, para estar atento a él, para sentir su movimiento sin que haya espacio entre él y uno mismo (lo cual no significa identificación con el cuervo, eso es demasiado absurdo) debe haber esa cualidad de la mente alerta, aguzada a su grado máximo, en la cual el observador -que es el centro, el censor, la memoria acumulada como tradición- no existe. Después de todo, es un problema de hábitos constantes: el modo como pensamos, las comidas que ingerimos, la manera como seleccionamos a nuestros amigos, los cuales evidentemente son nuestros amigos porque no nos contradicen, no nos perturban demasiado. Así es como la vida se vuelve no sólo repetitiva, sino una cosa de hábitos, de rutina. Por consiguiente, la sensibilidad requiere atención.

Ustedes saben, la concentración es una cosa sumamente letal. ¿Aceptan esto? Estoy diciendo algo que contradice por completo lo que todos ustedes sienten como necesario. Así que ni lo acepten ni lo rechacen; obsérvenlo. Tomen el pulso a lo que sea verdadero o falso. Aquello que se está diciendo puede ser completamente tonto y disparatado o puede ser verdadero. Pero el mero aceptar o rechazar los mantiene como son: embotados, pesados, insensibles, esclavos del hábito. En lo que va a decirse dentro de unos momentos -y aun ahora- no acepten nada ni comparen con lo que ya conocen o con aquello que se les dijo o leyeron, sino escuchen para descubrir por sí mismos lo que pueda haber de verdadero en ello. Y para estar atentos, para escuchar, deben conceder su atención total. No pueden

hacerlo si meramente aprenden a concentrarse, o si tratan de concentrarse en unas pocas palabras o en el significado de las palabras o en lo que ya escucharon. Deben estar atentos, y eso significa escuchar sin barrera alguna, sin ninguna interferencia o comparación, sin condenar; vale decir, prestando total atención. Entonces descubrirán por sí mismos qué es falso o verdadero sin que nadie deba decírselo. Pero estar atentos es una de las cosas más difíciles de hacer. La atención no requiere cualidad alguna de voluntad o deseo. Nosotros funcionamos dentro del molde conformado por el deseo, el cual es voluntad. Decimos: «Prestaré atención, trataré de escuchar sin las barreras, sin todas las pantallas que existen entre yo y el orador». Pero el ejercicio de la voluntad no es atención.

La voluntad es la cosa más destructiva que el hombre ha cultivado. Vuelvo a preguntar: ¿aceptan eso? Aceptar o rechazar no es descubrir la verdad; para descubrir la verdad de ello han de concederle su atención, atender a lo que se está diciendo. **La voluntad es, después de todo, la culminación del deseo: yo necesito algo, deseo algo, lo quiero y lo persigo.** El deseo puede ser un hilo muy delgado, pero se refuerza por la constante repetición y eso se convierte en voluntad -«yo quiero» o «yo no quiero»-. Nosotros funcionamos, operamos, encaramos la vida en este nivel afirmativo (el que también puede ser negativo). «Tendré éxito, llegaré a ser esto o aquello, seré noble»⁵, todos deseos muy fuertes. Y lo que ahora sostenemos es que el estar atento nada tiene que ver con el deseo o la voluntad.

Entonces, ¿cómo se ha de estar atento? Por favor, sigan esto. Sabiendo que uno no está atento, sabiendo que desarrolla una cierta cantidad de concentración, lo cual implica un ejercicio de la voluntad que excluye y resiste, sabiendo que cualquier forma de esfuerzo -que a su vez constituye voluntad- no es atención, ¿cómo ha de hacer uno para atender? Porque si ustedes conceden su total atención a cualquier cosa que hagan y, en consecuencia, hacen muy poco, lo que hagan lo harán completamente con el corazón, con la mente, los nervios, con todo cuanto tienen. ¿Y cómo ha de producirse esta atención, naturalmente, sin esfuerzo alguno, sin el ejercicio de la voluntad, sin utilizar la atención como un medio para alguna otra cosa? Espero que estén siguiendo todo esto, porque lo encontrarán terriblemente difícil si no lo siguen paso a paso, lo cual con toda probabilidad no están acostumbrados a hacer. A lo que están acostumbrados es a que se les diga qué tienen que hacer y entonces lo hacen repitiéndolo y pensando que han comprendido. Pero lo que aquí intentamos decir es algo por completo diferente.

Esta atención se produce, pues, de manera natural y fácil cuando ustedes saben que están desatentos.

¿Correcto? Cuando se dan cuenta de que no están atentos, de que no prestan atención, ese solo darse cuenta es ya estar atento y entonces no tienen que hacer ninguna otra cosa. ¿Comprenden? Ustedes llegan a

lo positivo mediante la negación, no por la persecución de lo positivo. Cuando emprenden cosas sin acción negativa actúan en un estado de inatención, y el darse cuenta de que uno actúa en estado de inatención es atención. Esto torna la mente muy sutil, tremendamente alerta, porque entonces no hay desperdicio de energía. Mientras que tanto el ejercicio de la voluntad como la concentración son un desperdicio de energía.

Decimos que esta atención es necesaria. No digan: «Defina lo que entiende por atención»; ustedes podrían muy bien encontrar esto en un diccionario. No estamos definiendo la atención: lo que intentamos hacer es señalar que uno puede llegar a ello por sí mismo negando todo cuanto no es atención. Decimos que esta atención es necesaria para la sensibilidad, la que a su vez significa inteligencia en el más profundo nivel. Por otra parte, estas palabras plantean una dificultad, porque no se trata de medir (cuando dicen «más», «más profundo», están comparando y la comparación es un desgaste de energías). De modo que si eso se comprende, podemos emplear estas palabras para comunicar un significado que no es comparativo sino real.

Esta sensibilidad implica inteligencia, y necesitamos gran inteligencia para vivir, para vivir nuestra vida diaria, porque sólo la inteligencia puede producir una revolución total en nuestra psique, en la propia esencia de nuestro ser. Y tal mutación es necesaria porque el hombre ha vivido durante millones de años en agonía, en desesperación, siempre combatiendo consigo mismo y con el mundo. Ha inventado una paz que no es paz en absoluto; semejante paz es entre dos guerras, entre dos conflictos. Y como la sociedad se está tornando de más en más compleja, desordenada, competitiva, debe haber un cambio radical no en la sociedad sino en el ser humano que ha creado la sociedad. El ser humano, tal como es, compone una personalidad muy desordenada y confusa: cree, no cree, tiene teorías, etcétera. Vive en un estado de contradicción. Y así ha construido una sociedad, una cultura que es contradictoria, con sus ricos y sus pobres. Hay desorden no sólo en nuestra vida, sino también externamente en la sociedad. Y el orden es indispensable. Ustedes saben lo que ocurre en el mundo -aquí en la India- ¡obsérvenlo! ¿Qué está sucediendo? Los colegios están cerrados, toda una generación de gente joven permanece sin educación; ellos serán destruidos por los políticos que pelean acerca de alguna tonta división idiomática. Luego está la guerra de Vietnam, en la cual los seres humanos son aniquilados por una idea. Están los tumultos raciales en América, cosas terriblemente destructivas. Y en China hay guerra civil, en Rusia tiranía, supresión de la libertad, en el mejor de los casos una tardía liberalización; existen divisiones entre nacionalidades, la separación debida a las religiones, todo lo cual indica desorden completo. Y este desorden es producido por cada uno de nosotros; nosotros somos responsables de él. Por favor, vean la responsabilidad de ello. La vieja generación ha hecho un revoltijo del mundo y ustedes provocan un desorden terrible con sus pujas,

sus gurús, sus dioses, sus nacionalidades; es porque sólo se interesan en ganarse la subsistencia y en cultivar una parte del cerebro; el resto lo desdeñan, lo descartan. Cada ser humano es responsable de este desorden que hay dentro de él y de la sociedad en que vive. El comunismo y otras formas de tiranía no han de traer orden; al contrario, ellas producen mas desorden, porque el hombre necesita ser libre.

Hay, pues, desorden. Y el orden es necesario, de otro modo no puede haber paz en absoluto. Y la bondad sólo puede florecer en paz, en quietud, en belleza. El orden es virtud, pero no la virtud cultivada por una mente astuta. El orden es virtud y algo viviente, así como la virtud es algo viviente. De modo que la virtud no puede ser practicada como se practican otras cosas. Vamos a indagar en esto, escúchenlo, estén atentos. Ustedes no pueden practicar la virtud más de lo que pueden practicar la humildad, así como no pueden tener un método para descubrir qué es el amor.

En este sentido el orden tiene las mismas pautas que en matemática; en la más alta matemática existe el más alto orden, el orden absoluto. Y uno debe tener dentro de sí ese orden absoluto. Y así como la virtud no puede cultivarse, del mismo modo el orden no puede ser organizado o engendrado por la mente. Lo que la mente si puede hacer es descubrir qué es el desorden. ¿Están siguiendo esto? Ustedes conocen lo que es desorden -vivir del modo que vivimos es desorden-. Como están las cosas, cada cual sólo vive para sí mismo; no hay cooperación, no hay amor, existe completa insensibilidad hacia lo que ocurre en Vietnam o en China, o en la casa del vecino más próximo. Dense cuenta de este desorden, y al darse cuenta del desorden comprenderán cómo éste se produce, comprenderán sus causas; y al comprender las causas, al comprender las fuerzas que trabajan en la producción del desorden, al comprenderlas verdaderamente, no sólo de modo intelectual, entonces de esa comprensión surgirá el orden. Intentemos ahora comprender el desorden que constituye nuestra vida cotidiana, comprenderlo no intelectual o verbalmente, sino observarlo, observar cómo uno se ha separado de los demás por ser hindú, musulmán, cristiano (el cristiano con su dios y sus ideales, el hindú con los suyos, el musulmán con sus propios ideales, etc.); obsérvenlo, entren en intimo contacto con ello, no tengan prejuicios; de otro modo ustedes no pueden ponerse directamente en contacto con otro ser humano.

De este desorden surge, pues, el orden; y surge de modo natural, libre y fácil, con gran belleza y vitalidad, cuando están en contacto directo con el desorden que impera en ustedes mismos. Pero no están directamente en contacto con este desorden, consigo mismos, si no saben cómo observarse, si no saben cómo verse (hemos examinado ya esta cuestión del ver), cómo mirar un árbol, una flor; porque, como dijimos el otro día, el acto de ver es la acción del amor. El acto de ver es acción. Examinaremos esto un poco más porque es realmente muy importante.

Cuando ustedes atiendan de modo completo a algo, es decir, con toda su mente, sus ojos, su corazón, sus nervios; cuando concedan atención completa descubrirán que no hay centro en absoluto, que no hay observador y que, por lo tanto, no existe división entre lo observado y el observador; y así eliminarán totalmente el conflicto producido por la separación, por la división. Ello parece difícil sólo porque no están acostumbrados a este modo de observar la vida. Pero en realidad es muy sencillo. Es muy sencillo si saben cómo mirar un árbol, si saben verlo de un modo nuevo, y así como al árbol, a la esposa, al marido, al prójimo; si miran de un modo nuevo al cielo con sus estrellas, con su silenciosa profundidad. Miren, vean y escuchen, y entonces habrán resuelto todo el problema de la comprensión, porque no hay «comprensión», en absoluto, sólo existe un estado de la mente en que no hay división y, por lo tanto, no hay conflicto.

Para llegar a ello naturalmente, con facilidad, con plenitud, tiene que haber atención. Esta atención surge fácilmente sólo cuando ustedes saben cómo mirar, cómo escuchar; cómo mirar sin imagen alguna un árbol, a la esposa, al vecino, a las estrellas o incluso al jefe. Porque la imagen es, después de todo, el pasado, el pasado que se acumuló a través de las experiencias agradables o desagradables; y es con esta imagen que miran a la esposa, a los hijos, al vecino, al mundo; con esta imagen miran a la naturaleza. Lo que entonces está en contacto es nuestra memoria, la imagen que ha sido edificada por la memoria. Y esa imagen es la que mira y, por consiguiente, no hay contacto directo. Ustedes saben bien que cuando hay dolor no hay imagen; sólo existe el dolor y, por lo tanto, hay acción inmediata. Pueden posponer la visita al médico, pero en eso está implícita la acción. Cuando miran y escuchan del mismo modo, ustedes conocen entonces la belleza de la acción instantánea en que no existe conflicto de ninguna especie. Por eso es importante conocer el arte de mirar, el cual es muy simple: mirar con atención completa, con el corazón y con la mente. Y la atención significa amor, porque ustedes no pueden mirar ese cielo y ser extraordinariamente sensibles si existe una división entre ustedes y la belleza de esa puesta de sol.

Este orden se produce sólo cuando vemos lo que implica ponerse realmente en contacto con el desorden, el cual está en *nosotros mismos*, el cual somos nosotros mismos. Nosotros no estamos en desorden; «nosotros» somos el desorden. Cuando ustedes se observan sin ninguna imagen de sí mismos, sino que observan realmente lo que son (no lo que dicen Shankara, Buddha, Freud, Jung, o X Y Z, porque entonces se estén mirando de acuerdo con la imagen de ellos), cuando observan el desorden en sí mismos, la ira, la brutalidad, la violencia, la estupidez, la indiferencia, la dureza, el constante estímulo de la ambición con su crueldad peculiar; el ustedes pueden darse cuenta de eso sin ninguna imagen, sin palabras, si pueden mirarlo, entonces están directamente en contacto con ello. Y cuando hay contacto directo hay acción inmediata. Cuando experimentan un dolor

intenso y cuando se enfrentan con un gran peligro, la acción también es instantánea. Y esta acción instantánea es la vida, no la cosa que hasta aquí hemos llamado vida -ese campo de batalla con su agonía, su desesperación, sus deseos ocultos. etc.-. A eso es a lo que hemos llamado vida. Por favor, obsérvenlo en sí mismos. Utilicen al que les habla como un espejo en el cual ustedes se vean ahora. Lo que él hace es simplemente exponerlos ante sí mismos. Observen entonces, escuchen y pónganse completamente en contacto con ello, estén totalmente con ello. Si lo están, verán que hay una acción inmediata.

Entonces el pasado es destruido. El pasado es el inconsciente. ¿Saben qué es el inconsciente? No retrocedan a Freud, Jung y a todas esas personas; mírenlo por sí mismos y descubran, pero no mediante un proceso empírico; obsérvenlo realmente. El pasado es en nosotros la tradición, los libros que hemos leído, la herencia racial como hindú, budista, musulmán, cristiano, etcétera, y la cultura en que uno ha vivido, los templos, las creencias que se fueron transmitiendo de generación en generación. Esto constituye la propaganda a la cual hemos sido sometidos, nuestra propaganda; somos esclavos de una propaganda de cinco mil años. Y el cristianismo es esclavo de una propaganda de dos mil años. Él cree en Jesucristo y ustedes creen en Krishna, o lo que fuere en que crean, del mismo modo que los comunistas creen en alguna otra cosa. Somos el resultado de la propaganda. ¿Se dan cuenta de lo que eso significa? Significa palabras, la influencia de los otros; no hay nada, pues, que sea original. Y para descubrir el origen de cualquier cosa debemos tener orden, el orden que sólo puede existir cuando hay cese total del desorden en uno mismo. Porque todos ustedes, al menos aquellos que son un poquito serios, reflexivos y fervorosos deben haberse preguntado si existe en absoluto algo que sea sagrado, algo santo. Desde luego que la respuesta es que el templo, la mezquita o la iglesia no son sagrados ni lo son las imágenes que contienen.

Yo no sé si han experimentado consigo mismos. Tomen un pedazo de palo, colóquenlo en una repisa y todos los días depositen una flor ante él - ofrézcanle una flor-, pongan una flor delante y repitan algunas palabras: «coca- cola», «amén», «om», no importa qué palabra -cualquiera que les guste- (¡escuchen, no se rían!), háganlo y descubrirán algo. Si lo hacen, después de un mes verán qué sagrado se ha vuelto eso. Ustedes se habrán identificado con ese palo, con ese trozo de piedra o con ese trozo de idea, y lo habrán convertido en algo santo, sagrado. Pero no lo es. Ustedes le otorgaron un sentido de santidad surgido desde el propio miedo, del hábito constante de esta tradición, entregándose, rindiéndose ante algo que consideran santo. La imagen en el templo no es más sagrada que un pedazo de roca al borde del camino. De modo que es muy importante descubrir qué es realmente sagrado, qué es realmente santo y si tal cosa existe en realidad.

Ustedes saben que el hombre ha hablado de esto durante siglos, buscando algo que fuera imperecedero, no creado por la mente, que fuera santo en sí mismo, algo jamás tocado por lo conocido. El hombre está siempre buscándolo. Y al buscarlo y no encontrarlo ha inventado las religiones, las creencias organizadas. Un hombre serio ha de descubrir no por medio de alguna roca, templo o idea, sino que ha de descubrir qué es realmente, verdaderamente y eternamente sagrado. Si ustedes no pueden descubrirlo serán siempre crueles, estarán siempre en conflicto. Y si quieren, esta tarde escuchen y tal vez puedan llegar a ello no por medio de quien les habla, de sus palabras, de sus manifestaciones, sino por la disciplina que surge de comprender el desorden. Cuando observan, vean lo que es el desorden. El mismo ver el desorden exige atención. Sigán esto, por favor. Ustedes saben, para casi todos nosotros la disciplina es algo viviente, ella tiene su propia belleza, su propia libertad. Y esta disciplina adviene naturalmente cuando ustedes saben cómo mirar un árbol, cómo mirar el rostro de la esposa, del marido, cuando pueden ver la belleza de un árbol o de una puesta de sol. Para ver, para mirar ese cielo, su luminosidad, la belleza de las hojas contra esa luz, el color naranja, la profundidad, la rapidez cambiante de ese color -¡véanlo!-; para verlo deben concederle su atención total. Y ese conceder la atención total tiene su propia disciplina, no necesitan ninguna otra disciplina. Entonces esa atención es una cosa viviente, en movimiento, vital.

Esta atención misma es virtud. Ustedes no necesitan ninguna otra norma ética, ninguna moralidad (de cualquier modo ustedes carecen de moralidad, a no ser esa moralidad que por una parte consiste en lo que la sociedad edificada por ustedes mismos les señala y, por la otra, en lo que desean realmente hacer; y nada de esto tiene que ver con la virtud). La virtud es belleza y la belleza es amor. Y sin amor ustedes no tienen virtud y, por lo tanto, carecen de orden. Si ustedes lo han *hecho* ahora, mientras hablábamos acerca de ello; si han mirado ese cielo con todo su ser, el mismo acto de mirar tiene su propia disciplina y, por consiguiente, su propia virtud, su propio orden. Entonces la mente alcanza el punto máximo del orden absoluto y, por ser completamente ordenada ella misma se vuelve lo sagrado. No sé si comprenden esto. Cuando ustedes aman el árbol, el pájaro, la luz sobre el agua; cuando aman al prójimo, a la esposa, al esposo, sin celos; cuando existe ese amor que jamás ha sido tocado por el odio, ese amor es en sí mismo sagrado, ninguna otra cosa puede serlo más.

Esa cosa sagrada existe, pues, no en las cosas que el hombre ha acumulado sino que surge cuando éste se libera enteramente del pasado, que es memoria. Eso no significa que el hombre se vuelva desmemoriado -debe tener memoria en cierta dirección-, pero descubrirá que tal memoria es parte de este estado de totalidad en el cual no existe relación con el pasado. Y el cese del pasado ocurre sólo cuando ustedes ven las cosas tal como son y entran en directo contacto con ellas, así como con este

maravilloso crepúsculo. Entonces, de este orden, disciplina, virtud, surge a la vida el amor. El amor es tremendamente apasionado y, por lo tanto, actúa de modo instantáneo. En el amor no hay intervalo de tiempo entre el ver y el hacer. Y cuando ustedes tienen ese amor, pueden desechar todos sus libros sagrados, todos sus dioses. Y deben desechar sus libros sagrados, sus dioses, sus ambiciones cotidianas, para encontrarse con ese amor. Es la única cosa sagrada que existe. Y para encontrarse con ella ha de florecer la bondad. La bondad, ¿comprenden, señores? La bondad sólo puede florecer en libertad, no en la tradición. El mundo necesita un cambio, ustedes necesitan una tremenda revolución dentro de sí mismos: el mundo necesita esta tremenda revolución (no la económica, la de los comunistas, la revolución sangrienta que el hombre ha intentado a lo largo de la historia y que tan sólo lo condujo a mayor desdicha). Lo que sí necesitamos es una revolución fundamental, psicológica, y esta revolución es orden. Y el orden es paz. Y este orden, con su virtud y su paz, sólo puede existir cuando ustedes se ponen directamente en contacto con el desorden de su vida cotidiana. Entonces desde ahí florece la bondad y, por lo tanto, no habrá más búsqueda. Porque eso que es, es lo sagrado.

Madrás

14 de enero de 1968

Si examinamos bien a fondo nuestra presente relación humana, sea ésta íntima o superficial, duradera o transitoria, vemos que ella está fragmentada. La esposa o el marido, el joven o la muchacha, cada uno vive encerrado en su propia ambición, en sus empeños personales y egoístas, en su propio caparazón. Todo ello es un factor que contribuye a edificar una imagen dentro de cada uno y, en consecuencia, la relación con el otro se establece a través de esa imagen. Por lo tanto, no hay verdadera relación.

Yo no sé si ustedes son conscientes de la estructura y naturaleza de esta imagen que uno ha construido dentro y en torno de sí mismo. Todos estamos haciéndolo constantemente, ¿y cómo puede haber relación entre uno y otro si existe esa urgencia personal, esa envidia, competencia, codicia, todas aquellas cosas que son sustentadas y exageradas en la sociedad moderna? ¿Cómo puede haber relación con otro si cada cual está persiguiendo su propio logro personal, su propio éxito?

No sé si nos damos cuenta plenamente de esto. Estamos tan condicionados que aceptamos -como la norma, como nuestro patrón de vida- que cada cual debe obedecer a su particular idiosincrasia o tendencia y, no obstante, tratar de establecer una relación con otro. ¿No es eso lo que todos hacemos? Usted podrá estar casado, podrá trabajar en una oficina o en una fábrica; cualquier cosa que usted haga, durante todo el día está persiguiendo eso. Y lo mismo su mujer en el hogar, con sus propias

preocupaciones, sus propias vanidades, etc. ¿Dónde está la relación entre dos seres humanos así? ¿En el sexo? Una relación tan superficial, tan limitada, tan restringida, ¿no es en sí misma corrupción?

Quizá se pregunten: ¿cómo ha de vivir uno si no va a la oficina, si no persigue su ambición personal, su deseo de alcanzar, de obtener? Si uno no hace nada de esto, ¿qué es lo que debe hacer? Yo pienso que ésta es una pregunta absolutamente errónea, ¿no es así? Porque nosotros estamos interesados en producir un cambio radical en toda la estructura de la mente. La crisis no está en el mundo externo sino en la conciencia misma. Y hasta que comprendamos esta crisis, no de modo superficial, no de acuerdo con algún filósofo, sino realmente y en profundidad, observándola, examinándola por nosotros mismos, no seremos capaces de producir un verdadero cambio. Estamos interesados en la revolución psicológica, y esta revolución sólo puede tener lugar cuando existe la correcta clase de relación entre los seres humanos.

¿Cómo ha de establecerse tal relación? El problema es claro. Por favor, compartan este problema conmigo, ¿quieren? Es el problema de ustedes, no mi problema; es la vida de ustedes, no mi vida; es de ustedes el sufrimiento, la desdicha, la ansiedad, la culpa. Esta batalla es la vida que conocemos. Si ustedes escuchan meramente una descripción, encontrarán que sólo están nadando en la superficie y que no resuelven problema alguno. Es en verdad el problema de ustedes, y quien les habla está realmente describiéndolo, sabiendo que la descripción no es la cosa descrita. Compartamos entonces este problema de cómo pueden los seres humanos -ustedes y yo- hallar una correcta relación en medio de este desorden, odio, destrucción, contaminación, entre todas esas terribles cosas que están sucediendo en el mundo.

Me parece que para descubrir, uno debe examinar lo que ocurre, ver lo que realmente «es». No lo que pensamos que nos gustaría que fuera, no tratando de cambiar nuestra relación basados en un concepto de futuro, sino observando lo que en realidad ocurre ahora. En la observación del hecho, de su verdad, de su realidad presente, existe una posibilidad de cambiarlo. Como ya dijimos, cuando existe la posibilidad, entonces hay gran energía. Lo que disipa la energía es la idea de que el cambio no es posible.

De modo que debemos observar nuestra relación de cada día tal como ella es realmente. En el observar lo que ella es, descubrimos cómo producir un cambio en esa realidad. Estamos, pues, describiendo lo que realmente es: que cada uno vive confinado en su propio mundo, en su mundo de ambición, codicia, miedo, deseo de éxito, etc.

-ustedes saben lo que ocurre-. Si estoy casado, entonces tengo responsabilidades, hijos y todo eso. Voy a la oficina o adonde sea que trabaje, y luego nos encontramos uno y otro -marido y mujer, muchacho y chica- en el lecho. Y a eso lo llamamos amor, llevando vidas separadas,

aisladas, construyendo en torno de nosotros un muro de resistencia, persiguiendo alguna actividad egocéntrica. Todos buscamos seguridad psicológica, cada cual dependiendo del otro para su comodidad, para su placer, para su necesidad de compañía. Y por estar tan profundamente solos, aislados, necesitamos que se nos quiera, que se nos estime y cada uno trata de dominar al otro.

Ustedes pueden ver esto por sí mismos si se observan. ¿Es que existe en absoluto alguna clase de relación? Así no hay relación entre dos seres humanos; aunque tengan hijos, un hogar, no están realmente relacionados. Si tienen un proyecto en común, ese proyecto los sostiene, los mantiene unidos, pero eso no es relación.

Comprendiendo todo esto, uno ve que si no existe relación entre dos seres humanos, comienza un proceso de corrupción. No en la estructura externa de la sociedad o en el fenómeno externo de la contaminación, sino internamente. La contaminación, la corrupción y destrucción internas se inician cuando los seres humanos no están en modo alguno relacionados, tal como ustedes no lo están. Ustedes podrán estrecharse las manos, besarse, dormir juntos, pero si observan bien a fondo, ¿existe una verdadera relación? Estar relacionados significa no depender el uno del otro, no escapar de la propia soledad a través del otro, no tratar de encontrar satisfacción, compañía por medio del otro.⁶⁵ Cuando uno busca su propio bienestar en el otro, cuando depende de él, etc., ¿puede entonces haber alguna clase de relación? ¿O sólo se están usando el uno al otro?

Esto no implica ser cínico, sino observar lo que realmente es. De modo que para descubrir lo que verdaderamente significa estar en relación con otro, uno debe comprender esta cuestión del aislamiento, porque la mayoría de nosotros somos terriblemente solitarios. Cuanto más envejece uno, tanto más se aísla, más solitario se vuelve, especialmente en este país. ¿Han reparado ustedes en las personas de edad, en sus escapes, en sus diversiones? Ellos han trabajado toda su vida y necesitan escapar hacia alguna clase de entretenimiento.

Viendo esto, ¿podemos encontrar un modo de vivir en el cual no utilicemos a otros ni psicológica ni emocionalmente, en el cual uno no dependa de otros, no use a otro como un medio para escapar de las propias torturas, de su desesperación, de su soledad?

Comprender esto es comprender lo que significa sentirse solo. ¿Se han sentido solos alguna vez? ¿Saben lo que ello quiere decir? Que usted no tiene relación alguna con otro, que está completamente aislado. Uno puede hallarse con su familia, entre la multitud, en la oficina o donde sea, cuando súbitamente aparece esta desesperada sensación de total y absoluta soledad. Hasta que uno no resuelva esto por completo, la relación se torna un medio de escape y, por lo tanto, ella conduce a la corrupción, a la desdicha. ¿Cómo ha de comprenderse esta soledad, esta sensación de total aislamiento? Para comprenderla uno ha de observar su propia vida. ¿No es

cada acción que ustedes emprenden una actividad egocéntrica? Podemos ser ocasionalmente caritativos, generosos; puede que hagamos algo sin motivo alguno, pero éstas son ocasiones muy raras. Esta desesperación jamás puede ser disipada por medio de escapes, sino a través de la observación.

Hemos retornado así a esta cuestión del observar. ¿Cómo observar? ¿Cómo observarnos de modo que en esa observación no haya conflicto alguno? Porque el conflicto corrompe, es desperdicio de energía, es la batalla de nuestra vida desde que nacemos hasta que morimos. ¿Es posible vivir sin un solo momento de conflicto? Para hacer esto, para descubrirlo por nosotros mismos, hemos de aprender a observar el movimiento total de nuestra existencia. Existe una observación que es armoniosa, que es verdadera, cuando no hay observador sino solamente observación. Examinamos eso el otro día.

¿Puede haber amor cuando no hay relación? Hablamos acerca del amor y éste, tal como lo conocemos, está relacionado con el sexo y el placer, ¿no es así? Algunos de ustedes dicen «no». Cuando dicen «no», entonces deben estar exentos de ambición, de competencia, de división: división entre usted y yo, nosotros y ellos. No debe haber división de nacionalidad, o la división producida por una creencia o por el conocimiento. Sólo entonces puede uno decir que ama. Pero para la mayoría, el amor tiene que ver con el sexo y el placer, y con todo el afán que los acompaña: celos, envidia, antagonismo; ustedes saben lo que ocurre entre el hombre y la mujer. Cuando esa relación no es verdadera, real, profunda, completamente armónica, ¿entonces cómo pueden ustedes tener paz en el mundo? ¿Cómo puede haber fin para la guerra?

De manera que la relación es una de las más importantes o, mejor dicho, la más importante cosa en nuestra vida. Eso significa que hemos de comprender qué es el amor. Por cierto que uno se encuentra con ello extrañamente, sin pedirlo, sin buscarlo. Cuando ustedes descubren por sí mismos lo que no es amor, entonces saben qué es amor. Pero cuando lo descubren no de modo teórico o verbal, sino cuando realmente comprenden lo que no es amor; comprenderlo implica no tener una mente que sea competitiva, ambiciosa, una mente que está esforzándose, comparando, imitando; una mente así no puede amar.

¿Pueden ustedes entonces, viviendo en este mundo, vivir por completo sin ambición, sin compararse nunca con otros? Porque en el momento que comparan hay conflicto, hay envidia, hay el deseo de lograr, de sobrepasar al otro.

¿Pueden una mente y un corazón que recuerdan las ofensas, los insultos, las cosas que los han embotado y vuelto insensibles, pueden una mente y un corazón así conocer el amor? ¿Es placer el amor? Y, sin embargo, eso es lo que estamos persiguiendo consciente o inconscientemente. Nuestros dioses son el resultado de nuestra necesidad

de placer. Nuestras creencias, nuestra estructura social, la moral de esta sociedad -que es esencialmente inmoral- son el resultado de nuestra búsqueda de placer. Y cuando ustedes dicen «yo amo a alguien», ¿es eso amor? Amor significa que no hay separación, ni dominio, ni actividad egocéntrica. Para descubrir lo que es amor, uno debe negar todo eso, negarlo en el sentido de ver su falsedad. Una vez que ustedes han visto algo como falso

-habiéndolo aceptado antes como verdadero, como natural y humano-, entonces jamás pueden volver a ello. Cuando ustedes ven una serpiente venenosa o un peligroso animal, no juegan con él, nunca se acercan. Del mismo modo, cuando vean realmente que el amor no es ninguna de esas cosas, cuando sientan eso, cuando lo observen, lo investiguen, vivan con ello, se entreguen a ello totalmente, entonces sabrán qué es el amor, qué es la compasión, qué significa pasión por todos.

Nosotros carecemos de pasión; conocemos la lujuria, el placer. La raíz etimológica de la palabra pasión es dolor. Todos hemos experimentado dolor de una u otra clase: el dolor de la autocompasión, el dolor de la raza humana, tanto colectivo como individual. Ustedes saben lo que es el dolor, la muerte de alguien al que consideran haber amado. Cuando permanecemos con este dolor totalmente, sin tratar de racionalizarlo, sin tratar de escapar de él en forma alguna por medio⁶⁵ de palabras o actos, cuando uno permanece completamente con el dolor, sin ningún movimiento del pensar, entonces se descubre que de este dolor surge la pasión. Esta pasión tiene la cualidad del amor, y el amor está libre de dolor.

Uno ha de comprender toda esta cuestión de la existencia con sus conflictos y sus luchas; ustedes saben, la vida que uno lleva, tan vacía, tan insensata. Los intelectuales tratan de asignarle un significado, y nosotros también queremos encontrarle significado a la vida, porque la vida, tal como es vivida, no tiene sentido, ¿verdad? La lucha constante, el trabajar interminable, la desdicha, el sufrimiento, el afán que uno derrocha... todo ello carece verdaderamente de sentido, lo aceptamos como un hábito. Pero a fin de descubrir cuál es el significado de la vida uno debe también comprender el significado de la muerte; porque el vivir y el morir van juntos, no son dos cosas separadas.

De modo que debemos averiguar qué significa morir, porque ello forma parte de nuestro vivir. No como algo en un futuro distante que deba ser eludido o enfrentado sólo cuando se está desesperadamente enfermo, o viejo, o cuando se ha sufrido un accidente, o en el campo de batalla. Tal como es parte de nuestra vida diaria el vivir sin un soplo siquiera de conflicto, también lo es el descubrir qué significa morir. Eso también es parte de nuestra existencia y uno debe comprenderlo.

¿Cómo hemos de comprender qué es la muerte? Cuando uno está muriendo, en el último momento, ¿puede comprender el modo como ha vivido -las tensiones, las batallas emocionales, las ambiciones, el esfuerzo-

? Uno está, con toda probabilidad, inconsciente, y eso lo toma incapaz de una clara percepción. Hay, pues, el deterioro de la mente cuando envejecemos y todo eso; de modo que uno ha de comprender lo que es la muerte y ha de comprenderlo ahora, no mañana. Como ustedes pueden observar, el pensamiento no quiere pensar acerca de ello. El piensa acerca de todas las cosas que hará mañana: nuevos inventos, mejores cuartos de baño, todas esas cosas sobre las cuales el pensamiento es capaz de pensar. Pero no quiere pensar acerca de la muerte, porque no sabe lo que ella significa.

¿Puede el proceso del pensamiento descubrir el significado de la muerte? Por favor, sigan esto conmigo. Si lo compartimos, comenzaremos a verlo en toda su belleza; pero si ustedes están allí sentados y me dejan proseguir solo mientras escuchan meramente mis palabras, entonces no estaremos compartiendo. Compartir juntos implica una cierta cualidad de interés, atención, afecto, amor. La muerte es un problema tremendo. Los jóvenes podrán decir: «¿Por qué se preocupa usted por eso?» Pero eso es parte de sus vidas, como forma parte de sus vidas comprender la castidad. No digan simplemente: «¿Por qué habla usted de la castidad?, eso es para los vejstorios, para los necios monjes». El sentido de la castidad también ha sido un problema para los seres humanos, es también parte de la vida.

¿Puede la mente ser ⁶⁵completamente casta? No siendo capaz de descubrir cómo vivir una vida casta, uno toma votos de celibato y pasa a través de todas sus torturas. Esto no es castidad. La castidad es algo por completo diferente. Es tener una mente que está en absoluto libre de imágenes, de conocimientos; lo cual significa comprender todo el proceso del placer y del miedo.

Del mismo modo uno ha de comprender esa cosa llamada muerte. ¿Cómo han de encarar la comprensión de algo que ustedes temen terriblemente? ¿Acaso no tenemos miedo de la muerte? O decimos: «Gracias a Dios que voy a morir, ya he tenido bastante de esta vida con toda su desdicha, su confusión, su falsedad, su brutalidad, las cosas mecánicas en que uno está atrapado, ¡gracias a Dios que todo eso terminará!». Esa no es una respuesta, como tampoco lo es racionalizar la muerte o creer en la reencarnación como lo hace todo el mundo asiático. Para descubrir lo que significa la reencarnación, la cual consiste en renacer en una existencia futura, ustedes deben descubrir qué es lo que son ahora. Si ustedes creen en la reencarnación, ¿qué son ahora? Un montón de palabras, de experiencias, de conocimientos; están condicionados por diversas culturas, son todas las identificaciones de sus vidas: los muebles, la casa, la cuenta bancaria, las experiencias de placer y dolor. Eso es lo que ustedes son, ¿no es así? El recuerdo de los fracasos, las esperanzas, las desesperaciones, todo eso es lo que son ahora y eso es lo que irá a renacer en la próxima vida. ¡Una bella idea, por cierto!

O piensan que hay un alma, una entidad permanente. ¿Existe algo permanente en nosotros? Al decir que hay un alma, una entidad permanente, esa entidad es el resultado de nuestro pensamiento o de nuestras esperanzas, porque existe mucha inseguridad, porque todo es transitorio, fluye, está en movimiento. Así, cuando decimos que hay algo permanente, esa permanencia es el resultado de nuestro pensamiento. Y el pensamiento es del pasado, el pensamiento nunca es libre, él puede inventar todo lo que le plazca.

De manera que si ustedes creen en un renacer futuro, entonces deben saber que el futuro está condicionado por el modo como viven ahora, por lo que hacen ahora, por lo que piensan, por la naturaleza de sus actos, por su ética. Así que aquello que ustedes son ahora, lo que hacen ahora, es de una tremenda importancia. Pero a esa gente que cree en un nacimiento futuro no les importa un bledo lo que ocurre ahora; para ellos es sólo una cuestión de creencia.

Entonces, ¿cómo descubren ustedes lo que la muerte significa, cómo lo descubren mientras están viviendo con vitalidad, con energía, llenos de salud? No cuando se hallan desequilibrados o enfermos, no en el último momento sino ahora, sabiendo que el organismo debe inevitablemente desgastarse como cualquier maquinaria. Por desgracia usamos nuestra maquinaria tan irrespetuosamente, ¿verdad? Sabiendo que el organismo físico llega a su fin, ¿han pensado alguna vez en lo que significa morir? Ustedes no pueden pensar sobre ello ¿Han experimentado alguna vez para descubrir qué significa morir internamente, psicológicamente? No como encontrar la inmortalidad, porque lo eterno, lo intemporal es ahora, no en algún futuro distante. Para indagar en esto uno debe comprender todo el problema del tiempo; no sólo el tiempo cronológico -el del reloj- sino el tiempo que el pensamiento ha inventado como un proceso gradual de cambio.

¿Cómo ha de investigar uno esta extraña cosa con la cual todos hemos de encontrarnos un día u otro? ¿Pueden ustedes morir psicológicamente hoy, morir para todo cuanto han conocido? Por ejemplo: morir para su placer, para sus apegos, su dependencia, terminar sin argumentaciones, sin racionalizar, sin tratar de encontrar caminos y medios para eludir el hecho. ¿Sabén qué significa morir, no en lo físico, sino psicológicamente, internamente? Lo cual quiere decir poner fin a lo que tiene continuidad: poner fin a la ambición, porque eso es lo que va a ocurrir cuando ustedes mueran, ¿no es cierto? ¡Ustedes no pueden llevar consigo su ambición y sentarse junto a Dios! (*risas*). Cuando uno muere de verdad, debe poner fin a tantas cosas sin un solo argumento. Ustedes no pueden decirle a la muerte, «déjame terminar mi trabajo, déjame terminar mi libro, todas las cosas que no he alcanzado a realizar, déjame curar las heridas que he causado a otros». No pueden, ya no tienen tiempo.

¿Pueden descubrir entonces cómo vivir ahora, hay, una vida en la cual exista siempre un terminar para todo cuanto hayan comenzado? No en la oficina, por supuesto, sino internamente; poner fin a todo el conocimiento que acumularon, siendo el conocimiento sus experiencias, sus recuerdos, sus ofensas, su modo comparativo de vivir, comparándose siempre a sí mismos con alguien. Poner fin a todo eso cada día, de manera que al día siguiente la mente esté fresca y joven. Una mente así nunca puede ser lastimada, y eso es inocencia.

Uno ha de descubrir por sí mismo qué significa morir. Entonces no hay miedo, entonces cada día es un nuevo día -y realmente quiero significar esto, uno *puede* hacerlo- de modo que la mente y los ojos vean la vida como algo totalmente nuevo. Eso es eternidad. Es la cualidad de la mente que ha dado con este estado intemporal porque supo qué significa morir cotidianamente para todo cuanto estuvo acumulando durante el día. Y en ello, por cierto, hay amor. El amor es algo totalmente nuevo cada día. No así el placer; el placer tiene continuidad. El amor es siempre nuevo y, por lo tanto, él es su propia eternidad

Justificamos y hemos aceptado el mal como medio para el bien. A la guerra se la justifica porque decimos que habrá de traernos paz, lo cual, evidentemente, es emplear malos medios para alcanzar un buen fin. Pero la tendencia del mundo es en esa dirección; grupos de personas, naciones enteras, se preparan para la destrucción final - como si al cabo de ella fueran a ser pacíficas, Este acontecimiento es realmente sintomático -¿verdad?- de la tendencia de los seres humanos a sacrificar el presente por el porvenir. **Habremos de crear un mundo maravilloso, pero mientras tanto os vamos a asesinar; os vamos a liquidar en aras del futuro. Vosotros no tenéis importancia; lo que importa es la idea, el futuro** (sea lo que fuere que eso signifique). Después de todo, hacia la izquierda o hacia la derecha el futuro es tan incierto para mí como para vosotros; el futuro es alterable, susceptible de ser modificado, y estamos sacrificando el presente por un futuro desconocido. Esa es la mayor forma de ilusión, ¿no es así? Pero ésta es una de las tendencias del mundo, y eso es lo que ocurre actualmente. Es decir, tenemos un futuro ideológico por el cual los seres humanos son sacrificados: para salvar al hombre, estamos matando al hombre. Y en eso estamos enredados; vosotros estáis enredados en eso. Queréis la seguridad futura, y por lo tanto destruis la 'seguridad presente. El entendimiento, por cierto, es sólo en el presente, no en el futuro. La comprensión es ahora, no mañana. Ahora bien, esas dos tendencias que prevalecen en el mundo actual, indican -¿no es

así?- una falta total de amor; no de un misterioso amor por lo Supremo y todas esas sandeces, sino del amor corriente entre dos seres humanos. Sabréis que, viajando a través del mundo, uno observa una absoluta falta del sentido del amor en los seres humanos. Hay abundancia de sensaciones sexuales, intelectuales o ambientales- pero afecto real por alguien, el amar a alguien con todo vuestro ser, eso no existe, por la razón obvia de que habéis cultivado el intelecto. Sois maravillosos para pasar exámenes, para retorcer teorías, para especular en el mercado, para ganar dinero, todo lo cual indica supremacía del intelecto. Y cuando el in-telecto llega a ser supremo, es seguro que tendréis el desastre, porque el corazón está vacío; lo llenaréis, pues, de palabras y de las invenciones del intelecto. Eso es lo que se nota en grado extraordinario en el mundo de nuestros días. ¿No estáis llenos de teorías, sean ellas de izquierda o de derecha, sobre el modo de resolver el problema del mundo? Pero vuestro corazón está vacío, ¿no es así? Y el problema es por cierto muy sencillo, si realmente lo examináis. Mientras estéis identificados con la propiedad, con el nombre, con la casta, con determinado gobierno, comunidad, ideología, creencia, forzosamente ⁶⁵engendraréis destrucción y miseria en el mundo. De suerte que *vosotros* sois la verdadera causa de su asesinato; sois vosotros que habéis dado origen a esta matanza del hombre por el hombre. Aceptáis el asesinato organizado en gran escala como un medio justo durante la guerra; pero si se lo comete contra una persona os horrorizáis. ¿No es verdad, señor, que Vd. como individuo ha perdido toda sensibilidad, todo sentido de los valores reales

y del significado de la existencia? Para comprender esta cuestión, tenemos que transformarnos radical-mente, porque eso es lo que se requiere para revolucionar de un modo absoluto nuestros modos de pen-sar, sentir y obrar. Deseáis producir una revolución en la acción tan solo, lo cual carece totalmente de sentido; porque, sin una revolución en vosotros y en vuestro sentir, no podéis producir una revolución en la acción. No se puede producir una revolución excepto individualmente. Y puesto que sois responsables, puesto que sois la causa de este asesinato, y para **prevenir** futuros asesinatos, vosotros mismos tenéis que cambiar radicalmente -¿no es así?- y no charlar de dioses y de teorías, de "karma" y "reencarnación";

Debéis daros realmente cuenta de lo que ocurre dentro de vosotros. Y como es en extremo difícil y arduo darse cuenta, hiláis teorías, os evadís mediante la propiedad, el nombre y la familia, y todos los demás absurdos que acarrearán destrucción. Siendo, pues,

responsables de este asesinato y de pasados y futuros asesinatos, ya sea de una persona o de millones, es preciso que cambiéis. Tenéis que transformaros, no empezando a distancia sino empezando muy cerca, observando a diario las modalidades de vuestro pensar, sentir y actuar. Si estáis interesados, si vuestras disposiciones son serias, ése es por cierto el único modo de producir la transformación, ¿verdad? Mas si los acontecimientos os causan excitación emotiva, si a través de tantos años os han narcotizado las arengas políticas, es natural que muy poco responderéis. Pero os agrade o no, sois responsables de las miserias externas, porque en vosotros mismos sois miserables, confusos, impacientes, faltos de amor.

Pregunta: Jamás menciona Vd. a Dios. ¿Él no ocupa lugar alguno en sus enseñanzas?

KRISHNAMURTI: Vosotros habláis mucho de Dios, ¿no es así? Vuestros libros están llenos de ello. Edificáis iglesias, templos, hacéis sacrificios, practicáis ritos, ceremonias, y estáis llenos de ideas acerca de Dios,⁶⁵ ¿verdad? Repetís las palabras, pero vuestros actos no son piadosos, ¿no es así? Si bien adoráis lo que llamáis Dios, vuestros hábitos, vuestros pensamientos, vuestra existencia, no son piadosos. Aunque repetáis la palabra "Dios", explotáis al prójimo, ¿no es así? Tenéis vuestros dioses: sois hindúes, musulmanes, cristianos, y todo lo demás. Edificáis templos, y cuanto más os enriquecéis, más templos construís. (*Risas*). No ría, señor. Vd. Haría otro tanto, sólo que todavía está tratando de hacerse rico, eso es todo. Estáis, pues, muy familiarizados con Dios, al menos de palabra; pero la palabra no es Dios, la palabra no es la cosa. Seamos, pues, bien claros sobre este punto: la palabra no es Dios. Puede que uséis la palabra "Dios" o alguna otra palabra, pero la palabra que usáis no es Dios. El hecho de que la uséis no significa que conozcáis a Dios; sólo conocéis la palabra. Yo no empleo esa palabra por la razón muy sencilla de que vosotros la conocéis. Aquello que conocéis no es lo real. Además, para encontrar la realidad, todas las murmuraciones de la mente deben cesar, ¿no es así? Tenéis imágenes de Dios, pero la imagen no es Dios, por cierto. ¿Cómo podéis conocer a Dios? Es obvio que no por intermedio de una imagen, de un templo. Para recibir a Dios, lo desconocido, la mente debe ser lo desconocido. Si buscáis a Dios, entonces ya conocéis a Dios, conocéis el fin perseguido; sabéis qué es lo que buscáis, ¿no es así? Si buscáis a Dios, debéis saber qué es

Dios; de otro modo no lo buscaríais, ¿verdad? Lo buscáis ya sea de acuerdo a vuestros libros, o conforme a vuestros sentimientos;

y vuestros sentimientos son mera respuesta de la memoria. Por consiguiente, aquello que buscáis ya ha sido creado, o por la memoria, o de oídas, y aquello que es creado no es lo eterno; es producto de la mente. Señores: si no hubiera libros, si no hubiera "gurús" ni fórmulas para repetir, sólo conoceríais -¿no es así?- el dolor y la felicidad; constante dolor y mi-seria, y raros momentos de felicidad; y entonces querríais saber por qué sufrís. No podríais escapar hacia Dios, pero probablemente escaparíais de otras maneras, y no tardaríais en inventar dioses como escapatoria. Pero si realmente deseáis comprender todo el proceso del sufrimiento, como hombres nuevos, lozanos, que inquietan y no se evaden, entonces os libertaréis del dolor, descubriréis qué es la realidad, qué es Dios. Pero un hombre sumido en el dolor no puede hallar a Dios o la realidad. Sólo se puede encontrar la realidad cuando el dolor cesa, cuando hay felicidad -no como contraste ni como opuesto- sino ese estado de ser en el que no hay opuestos.

De suerte que lo desconocido, aquello que no ha sido creado por la mente, no puede ser formulado por la mente. Aquello que es desconocido no puede ser pensado. En el momento en que pensáis acerca de lo desconocido, ya es lo conocido. No podéis, por cierto, pensar en lo desconocido, ¿verdad? Sólo podéis pensar en lo conocido. El pensamiento se mueve de lo conocido a lo conocido; y lo que es conocido no es la realidad. ¿Lo es, acaso? Así, pues, cuando pensáis y meditáis, cuando os sentáis a pensar en Dios, sólo pensáis en lo que es conocido, y lo que es conocido está en el tiempo; está atrapado en la red del tiempo, y por lo tanto no es lo real. La realidad puede manifestarse tan sólo cuando la mente está libre de la red del tiempo. Cuando la mente deja de crear, hay creación. Es decir, la mente debe estar absolutamente en calma, mas no en una quietud inducida, de tipo hipnótico, lo cual es un mero resultado. Tratar de tornarse sereno a fin de "vivenciar" la realidad, es otra forma de escape. Sólo hay silencio cuando todos los problemas han cesado. Así como el lago está tranquilo cuando la brisa cesa, la mente está naturalmente quieta cuando el agitador, el pensador, cesa. Para poner fin al pensador, todos los pensamientos que él elabora deben ser pensados del todo. De nada sirve erigir una barrera, una resistencia contra el pensamiento; porque los pensamientos deben ser sentidos del todo, cabalmente escudriñados, comprendidos.

Entonces, cuando la mente está en calma, surge la realidad, lo indescriptible. No podéis invitarla. Para invitarla tenéis que conocerla, y lo que es conocido no es lo real. Es preciso, pues, que la mente sea simple, sin la carga de la creencia, de la ideación; y cuando hay quietud, cuando no hay deseo ni anhelo, cuando la mente está absolutamente en calma, en una quietud que no es inducida, entonces adviene la realidad. Y esa verdad, esa realidad, es el único agente transformador; es el único factor que trae una revolución fundamental, radical, en la existencia, en nuestra vida diaria. Y encontrar esa realidad no es buscarla sino comprender los factores que agitan la mente, que perturba esa misma mente. Entonces la mente es simple, tranquila, serena. En esa serenidad se manifiesta lo desconocido, lo incognoscible; y cuando eso ocurre, hay bienaventuranza.

Febrero 8 de 1948

El observador es el pensador. Nosotros asignamos una importancia tremenda al pensador, ¿no es cierto? Toda nuestra acción está motivada por el pensamiento; vivimos, planificamos, hacemos cosas, todo por medio del pensamiento. Y el mundo entero le rinde culto al pensamiento como si fuera la cosa más extraordinariamente importante, lo cual es parte del intelecto.

Y el pensamiento se ha separado a sí mismo como pensador. El pensador dice: «Estos pensamientos no son buenos», «éstos son mejores», «este ideal es mejor que aquel ideal», «esta creencia es mejor que aquella». Todo es producto del pensamiento, el cual se separa a sí mismo, se fragmenta como el pensador, el experimentador. El pensamiento se ha dividido como el yo superior -en la India lo llaman el *atman*- y el yo inferior. Aquí al yo superior lo llaman el alma, esto o aquello. Pero siempre es la actividad del pensamiento. ¿Está claro, no? Quiero decir que esto es lógico, que no es irracional.

Ahora voy a mostrarles lo que hay de irracionalidad en ello. Todos nuestros libros, nuestra literatura, todo es pensamiento. Y nuestra relación se basa en el pensamiento -¡sólo piensen en ello!-. Mi esposa es la imagen que yo he creado por medio del pensar. Ese pensar ha sido acumulado por todas las cosas que suceden entre marido y mujer; los instintos separativos, placer, sexo, sermoneos, irritaciones, exclusiones, todo eso. Nuestro pensamiento es el resultado de nuestra relación. Pues bien, ¿qué es el pensamiento? Se les formula esa pregunta: ¿qué es el pensamiento? Por favor, no repitan a otros, descubran por sí mismos. Ciertamente, el pensamiento es la respuesta de la memoria, ¿no es así? La memoria como conocimiento, como la experiencia que ha sido acumulada, almacenada en las células cerebrales. De modo que las células mismas del cerebro son las células de la memoria. Pero si ustedes no pensarán en absoluto estarían en un estado de amnesia, no serían capaces de llegar a sus casas.

El pensamiento es la respuesta de la memoria acumulada como conocimiento, como experiencia, sea ésta la propia experiencia, la heredada, la colectiva, etc. Así que el pensamiento es la respuesta del pasado, el cual puede proyectarse a sí mismo en el futuro, pasando a través del presente y modificándolo como futuro. Pero sigue siendo el pasado. Por consiguiente, el pensamiento nunca es libre, ¿cómo podría serlo? Puede imaginar la libertad, puede idealizar acerca de lo que la libertad debería ser, puede crear una utopía de libertad. Pero el pensamiento en sí es del pasado y, por lo tanto, no es libre; es siempre viejo. Por favor, esto no es cuestión de que estén de acuerdo conmigo, esto es un hecho. El pensamiento organiza nuestra vida sobre la base del pasado. Ese pensamiento, desde el ayer, proyecta lo que debería ser el mañana y entonces hay conflicto.

De aquí surge la cuestión siguiente: para la mayoría de nosotros el pensamiento constituye una importante fuente de placer. El placer es un principio rector en nuestra vida. No decimos que sea correcto o incorrecto, simplemente estamos examinándolo. El placer es la cosa que más deseamos. Tanto aquí, en este mundo o en el mundo espiritual, en el cielo -si es que tienen un cielo- lo que deseamos es placer en cualquier forma; el entretenimiento religioso, ir a misa y todo el circo que tiene lugar en nombre de la religión. Y cualquier acontecimiento placentero, sea éste un crepúsculo, una experiencia sexual, un placer sensorio, es registrado y pensado. De este modo el pensamiento, como placer, juega un papel importantísimo en nuestras vidas. Algo que ocurrió ayer y que fue una cosa de lo más grata, un suceso feliz, es grabado; el pensamiento vuelve sobre eso, lo rumia y lo retiene pensando acerca de lo que pasó y deseando repetirlo mañana. Así es como el pensamiento otorga vitalidad a algo que ya pasó, que ya no existe.

Este mismo proceso de registrar constituye el conocimiento, el cual es pasado, y el pensamiento es el pasado. Así es como alimentamos el placer por medio del pensamiento. Si ustedes reparan en ello verán que el placer esta siempre en el pasado. Aún el placer que imaginamos para mañana es el recuerdo que, desde el pasado, proyectamos en el futuro.

También pueden observar que cuando hay placer y persecución del placer, se fomenta el miedo. ¿No lo han notado? Miedo de lo que hice ayer, miedo del dolor físico que he tenido hace una semana; pensar acerca de ello alimenta el miedo. No hay fin para ese dolor aunque se haya ido. El dolor terminó, pero yo lo sigo cargando conmigo al pensar en él.

Así es como el pensamiento sostiene y alimenta tanto el placer como el temor. El pensamiento es el responsable de esto. Existe el miedo al presente, al futuro, el miedo a la muerte, a lo desconocido, temor de no realizarse, de no ser amado; hay tantos temores, todos creados por el mecanismo del pensamiento. De modo que existe la racionalidad del pensamiento y la irracionalidad del pensamiento.

Ustedes deben ejercitar el pensamiento cuando hacen cosas. En lo tecnológico, en la oficina, cuando preparan una comida, cuando lavan los platos, el conocimiento debe funcionar a la perfección. El raciocinio, la lógica del pensamiento, existen en la acción, en el hacer. Pero así también el pensamiento se torna completamente irracional cuando sustenta el placer o el temor. Y, sin embargo, el pensamiento dice: «No puedo desprenderme de mi placer», aunque el pensamiento sepa, si es lo bastante sensible y alerta, que con el placer viene el dolor.

Debemos, pues, darnos cuenta de toda la maquinaria del pensar, de su movimiento complicado, sutil. Esto no es realmente muy difícil si uno se dice: «Debo encontrar un modo de vivir que sea por completo diferente, una forma de vida en la que no haya conflicto». Si esta exigencia es real, insistente, apasionada, como es su urgencia de placer -el vivir tanto en lo interno como en lo externo una vida en que no haya ninguna clase de conflicto-, entonces verán cómo eso es posible. Porque, tal como lo explicamos, el conflicto existe únicamente cuando hay división entre el 'yo' y el 'no-yo'. De modo que si ven esto, pero no de manera verbal o intelectual -eso no es ver- sino que realmente se dan cuenta de que no hay división entre el observador y lo observado, entre el pensador y el pensamiento, entonces observan, ven verdaderamente «lo que es». Y cuando ustedes ven verdaderamente «lo que es», entonces están más allá de ello. No se detienen en «lo que es»; se detienen en «lo que es» sólo cuando el observador es diferente de «lo que es». ¿Entienden esto? Así, cuando cesa por completo la división entre el observador y lo observado, «lo que es» ya no es más lo que es. La mente ha ido más allá de eso.

Pregunta: ¿Cuál es la relación entre el pensador y su pensamiento!

KRISHNAMURTI: Bueno, ¿hay tal relación o hay una sola cosa, que es el pensamiento, y no hay pensador? Porque si no hay pensamientos no hay pensador. Cuando pensáis, cuando tenéis pensamientos, ¿hay un pensador? Si no tenéis absolutamente ningún pensamiento, ¿dónde está el pensador? Ahora bien, habiendo pensamientos y viendo la inestabilidad de los mismos, surge el pensador. Es decir, el pensamiento crea al pensador; y como los pensamientos son transitorios, el pensador se convierte en la entidad permanente. Primero está el proceso del pensamiento, y luego, evidentemente, el pensamiento crea al pensador. Entonces el pensador se establece como ente permanente, separado de los pensamientos. Esto es, los pensamientos son transitorios, están siempre en estado de flujo, y el

pensamiento pone objeción a su propio "impermanencia": y es por ello que el pensamiento crea al pensador. No es al revés: **El pensador no crea pensamiento. Si no tenéis pensamientos, no hay pensador; es, pues, el pensamiento que engendra al pensador.** Entonces tratamos de establecer una relación entre el pensador y el pensamiento que lo ha creado. Es decir, procuramos establecer una relación entre aquello que busca ser permanente, o sea el pensador creado por el pensamiento, y el pensamiento mismo, que es transitorio. Pero es obvio que ambos son transitorios. Como el pensamiento, que es transitorio, crea al pensador, y aunque el pensador se imagine permanente, él también es transitorio; porque el pensador es el resultado del pensamiento.

Esto no es un acertijo. Es un hecho obvio. Seguid completamente un pensamiento, acompañadlo hasta el fin, pensadlo plenamente, y veréis qué ocurre. Hallaréis que no hay pensador alguno, porque es el pensamiento que engendra al pensador. No hay, por lo tanto dos estados: pensador y pensamiento. El pensador es entidad ficticia, estado irreal. Sólo hay pensamiento; y el manojo de pensamientos crea al "yo", al pensador. Y el pensador, habiéndose atribuido

64 permanencia, trata de transformar el pensamiento y con ello mantenerse a sí mismo, lo cual es falso; y si podéis pensar cada pensamiento plenamente, completamente, es decir, dejar que cada pensamiento vaya desde el principio hasta el fin sin resistencia, veréis que no hay pensador en absoluto. La mente, por lo tanto, vuelvese extraordinariamente dúctil, tranquila. Y esa quietud, esa tranquilidad, es el estado de vivencia. Como no hay actor ni fin en vista, experimentador ni experiencia, el estado es de vivencia, que esa acción pura. Poned esto a prueba y veréis que el pensamiento da constantemente origen a más pensamiento, y por ello mantiene al pensador. Pero cuando no hay pensador -y no lo hay, sino tan sólo un proceso de pensamiento- es decir, cuando el proceso del pensamiento ha sido completamente comprendido, en esa percepción pasiva en que a cada pensamiento se le permite plena extensión, plena profundidad, se ve uno libre de todo pensamiento; y en esa libertad hay vivencia.

65 **A**menudo hemos de habernos preguntado por qué la vida, desde el nacimiento hasta la muerte, es un proceso de lucha constante. ¿Por qué es que la vida, la existencia diaria, es una lucha semejante, una constante batalla con uno mismo, con el prójimo, con las propias ideas? ¿Por qué esta constante batalla, esta lucha de todos los momentos? ¿Es necesaria, o existe un proceso diferente? Este conflicto Y, esta lucha, este

afanarse y batallar con uno mismo y con el prójimo, ¿es acaso necesario para la existencia, para vivir? Vemos que la vida, tal como la conocemos, es un interminable proceso de devenir, de moverse de lo que es a lo que *no es*, de la ira a la "no ira", de la violencia a la paz, del odio al amor. El devenir, por cierto, es un proceso de repetición en el que siempre hay lucha. Está visto que, hagamos lo que hagamos en la vida, la lucha del devenir se repite de continuo. Este devenir es el cultivo del recuerdo -¿no es así?-

y al cultivo del recuerdo se le llama **rectitud**. La **rectitud** es un proceso de auto encierro. Este constante devenir: el empleado que llega a ser gerente, lo in-noble que se convierte en noble, este constante esforzarse, es una forma de auto perpetuación. Conocemos esta batalla por llegar a ser algo: siendo apegados, queremos llegar a ser libres de apego; siendo pobres, queremos llegar a ricos; siendo pequeños, queremos hacernos grandes; siendo mediocres e insustanciales, queremos ser sagaces, profundos, importantes. Existe esta constante batalla del devenir, y en el devenir hay evidentemente cultivo del recuerdo. Sin recuerdo no hay devenir. Soy iracundo, y quiero llegar a ser libre de ira; quiero poseer el estado de "no ira", y lucho. A esta lucha se la considera justa. De modo ⁶⁵que la rectitud, este proceso de devenir, es evidentemente un proceso de auto encierro. No bien anhele convertirme en algo o ser algo, el énfasis se pone en el devenir, en llegar a ser; y de ahí que haya esa lucha. A esa lucha le hemos atribuido significación; decimos que es justa, que es noble. Desde el nacimiento hasta la muerte, estamos, pues, atrapados en una lucha sin fin, y hemos aceptado esta batalla del devenir como algo que vale la pena, como algo que es noble y constituye una parte esencial de la existencia.

Ahora bien, ¿la vida, la existencia, es inevitablemente un proceso de lucha, de dolor, de sufrimiento, de continua batalla? Hay, por cierto, algo de erróneo en esta acción de devenir. Tiene que haber un enfoque diferente, un modo diferente de existencia. Yo creo que lo hay; pero él puede ser comprendido tan sólo cuando entendemos la plena significación del devenir. En el devenir hay siempre repetición, y por lo tanto cultivo de la memoria, que es acentuar el "yo"; y el "yo", por su propia naturaleza, es afán, lucha, batalla. Ahora bien, la virtud jamás puede ser un devenir. La virtud es *ser*, en lo cual no hay lucha. No os podéis volver virtuosos; sois o no sois virtuosos. Siempre podéis llegar a ser rectos, pero nunca podéis llegar a ser virtuosos; porque la virtud trae libertad, y notaréis que un hombre recto nunca es libre. Esto no significa que un hombre virtuoso sea indulgente consigo mismo; sino que la virtud, por su propia naturaleza, trae

libertad. Si intentáis ser virtuosos, ¿qué ocurre? Sólo os volvéis rectos. La virtud, en cambio, trae necesariamente libertad; porque en cuanto comprendéis el proceso, la lucha del de-venir, hay *ser*, y por lo mismo hay virtud.

Tomemos como ejemplo la misericordia. Jamás podéis volveros misericordiosos, ¿verdad? Si lo hacéis

¿Qué sucede? Si lucháis para llegar a ser misericordiosos, si tratáis de volveros generosos, bondadosos, ¿qué ocurre? Cuando uno trata de volverse misericordioso, hace hincapié en el devenir, lo cual significa que se acentúa el "yo", que el "yo" llega a ser algo; y el "yo" jamás puede ser misericordioso, ¿no es cierto? Puede revestirse de rectitud, pero nunca puede ser virtuoso. La virtud, pues, no es rectitud; el hombre recto jamás puede ser un hombre virtuoso. La rectitud es siempre un proceso de auto encierro; mientras que la virtud, en la cual no hay devenir sino *ser*, es siempre libre, abierta y ordenada. Experimentad con vosotros mismos y veréis que no bien os esforzáis por ser virtuosos, compasivos, generosos, no hacéis más que erigir una resistencia. En cambio, si realmente comprendéis el proceso del devenir -que es dar énfasis al "yo"- hallaréis que surge una confianza, una libertad, un *ser* en el cual está la virtud.

Ahora bien, ¿cómo habrá uno de transformarse, de producir este cambio radical del devenir en *ser*? Una persona que deviene y por lo tanto se esfuerza, lucha, combate consigo misma, ¿cómo habrá de conocer ese estado de *ser* que es virtud, que es libertad? Espero que la cuestión os resulte clara. Es decir, he estado luchando durante años para llegar a ser tal o cual cosa: para no ser envidioso, para llegar a ser libre de envidia; ¿y cómo habré de abandonar la lucha, desistir de ella, y *ser*, simplemente? Porque, mientras yo luche para llegar a ser lo que llamo "recto", es obvio que doy origen a un proceso de encierro en mí mismo; y en el encierro no hay libertad. Todo lo que puedo hacer, pues, es ser perceptivo, darme cuenta pasivamente de mi proceso de devenir. Si soy superficial, puedo percibir pasivamente que soy superficial, sin lucha alguna por llegar a ser algo. Si soy iracundo, si soy celoso, si soy despiadado, envidioso, puedo darme cuenta de ello, nada más, y no lidiar con ello. No bien lidiamos con una cualidad, damos énfasis a la lucha, y por lo tanto fortalecemos el muro de resistencia. A este muro de resistencia se lo considera rectitud; más para un hombre recto, la ver-dad jamás puede surgir. Sólo al hombre libre puede llegarle la verdad; y no se puede ser libre si existe cultivo del recuerdo, o sea rectitud.

De suerte que uno debe darse cuenta de esta lucha, de esta constante batalla. Daos cuenta, simplemente, sin argumentar al

respecto, sin condenación; y si realmente os mantenéis vigilantes, pasivamente perceptivos aunque en estado de alerta, encontraréis que se os desprenden la envidia, los celos, la codicia, la violencia y todas esas cosas, y que surge el orden. Tranquilamente, rápidamente, surge un orden que no es el de la rectitud, un orden que no encierra. Porque la virtud es libertad, no un proceso de encierro. Sólo en la libertad puede surgir la verdad. Es esencial, por consiguiente, ser virtuoso, no recto, porque la virtud trae orden. Sólo el hombre recto está confuso, está en conflicto; sólo el hombre recto desarrolla su voluntad como medio de resistencia; y un hombre de voluntad jamás podrá encontrar la verdad, porque él nunca es libre. El ser, que es reconocer lo que es, aceptar y vivir con lo que es -no condenarlo ni tratar de transformarlo- produce virtud; y en ello está la libertad. Sólo cuando la mente no cultiva el recuerdo, cuando no busca la rectitud como medio de resistencia, hay libertad; y en esa libertad manifiéstese la realidad, cuya bienaventuranza tiene que ser experimentada.

Pregunta: Mi mente es inquieta y está angustiada. - Si no logro dominarla, nada puedo hacer conmigo mismo. ¿Cómo habré de dominar el pensamiento? ⁶⁵

KRISHNAMUR TI: Señor, éste es un problema enorme; y, como ocurre con todos los otros problemas de la vida, no encontraremos un método para su solución. Pero trataremos de comprender el problema en sí, y partiendo de esa comprensión sabremos entendernos con esta pregunta. Primero tenemos que comprender el pensamiento, que el pensador quiere dominar. Espero que éste no sea un tema demasiado arduo. ¿Qué entendemos por pensamiento? ¿Qué entendemos por pensar? ¿Y el pensador, es distinto de su pensamiento? ¿Es el meditador diferente de su meditación? ¿Es el observador diferente, distinto de lo observado? ¿La cualidad es diferente del "yo"? De suerte que, antes de que el pensamiento pueda ser dominado, sea lo que fuere que ello signifique, debemos comprender el proceso de pensar y quién es el que piensa, y averiguar si se trata de dos procesos separados o de un proceso unitario.

¿Existe el pensador cuando él deja de pensar? ¿Hay pensador cuando no hay pensamientos? Es obvio que, si no tenéis pensamientos, no hay pensador. ¿Y por qué existe la separación entre el pensador y el pensamiento? En la mayoría de nosotros existe esa separación. ¿Por qué hay tal separación? ¿Es ella "factual", verdadera, o es simplemente una

cosa ficticia que la mente ha creado? Tenemos que ser muy claros acerca de este punto, porque luego indagaremos qué es el proceso del pensamiento. Debemos establecer bien claramente, primero, si el pensador es distinto, y por qué se ha separado de sus pensamientos. Luego ahondaremos el problema del pensar y del control, y todo lo demás.

¿No sustentáis la creencia de que vuestros pensamientos son distintos de vosotros mismos? La pregunta formulada implica de por sí -¿verdad?- que existe el que controla y lo controlado, el observador y lo observado. Ahora bien, ¿sabemos que este proceso es un hecho, que existe el observador y lo observado,

el que controla y lo controlado? ¿Es real esta separación? Es real en el sentido de que gustamos de ella.

¿Pero no es una treta de la mente? Observad que en esta cuestión hay mucho involucrado; no aceptéis, pues, ni neguéis; no defendáis ni desechéis lo que yo sugiero. La mayoría de vosotros cree que el pensador distinto: **el "yo" superior**, el Atman, que vigila y domina al "yo" inferior, etc.

¿Por qué existe esta separación? ¿Esta separación no sigue estando en la esfera de la mente? Cuando decís que el pensador es el Arman, el que vigila, y que los pensamientos son distintos, eso, por cierto, está aún en la esfera de la mente. ¿No será entonces que la mente, el pensador, se ha separado de sus pensamientos a fin de atribuirse permanencia? Porque él siempre puede modificar sus pensamientos, siempre puede cambiarlos, poner en torno de ellos un nuevo armazón, mientras se mantiene aparte, con lo cual se da permanencia. Pero sin pensamientos no hay pensador. El puede separarse de sus pensamientos, pero si deja de pensar ya no existe, ¿no es así? Así, pues, esta separación del pensador y sus pensamientos es una treta del pensador para darse a sí mismo seguridad, permanencia. Esto es, la mente percibe que los pensamientos son transitorios, y por lo tanto adopta el astuto ardid de decir que ella es el pensador, distinto de sus pensamientos, que ella es el Atman, el que vigila, apartado de la acción, del pensamiento. Mas si observáis el proceso muy atentamente, dejando de lado todos vuestros conocimientos adquiridos de lo que otros, por grandes que sean, hayan dicho, veréis que el observador es lo observado, que el pensador es el pensamiento. No hay pensador aparte del pensamiento; por más amplia, profunda y extensivamente que él se separe o construya un muro entre sí mismo y sus pensamientos, el pensador sigue estando en la esfera de su pensar. Por lo tanto el pensador es el pensamiento. Y así, cuando preguntais "¿cómo puede ser dominado el

pensamiento?", formuláis un falso interrogante. Cuando el pensador empieza a dominar sus pensamientos, él lo hace tan sólo para darse continuidad, o porque encuentra que sus pensamientos le resultan penosos. Es por eso que desea modificar sus pensamientos, mientras se mantiene permanente detrás de la pantalla de palabras y pensamientos. Una vez que admitís eso, que es verdadero, vuestras disciplinas, vuestra busca de lo superior, vuestras meditaciones, vuestros controles, todo se desploma. Es decir, si estáis dispuestos a considerar el hecho evidente de que el pensador es el pensamiento, y cuando llegáis a daros plena cuenta de ese hecho, ya no pensáis en términos de dominar, modificar, controlar o canalizar vuestros pensamientos. Entonces el pensamiento llega a ser importante, no el pensador. Entonces no se hace hincapié en el controlador ni en cómo ha de controlar, sino que el pensamiento que es controlado tornase importante en sí mismo. La comprensión del proceso del pensamiento es el principio de la meditación, que es el conocimiento propio. Sin conocimiento propio no hay meditación; y la meditación del corazón es la comprensión. Para comprender, no podéis estar atados a ninguna creencia.

Lo que ahora nos interesa, pues, no es dominar el Pensamiento, cuestión que resulta falsa, sino comprender el pensamiento; nos interesa el proceso del pensamiento en sí. Por lo tanto estamos libres de la idea de disciplina, de la idea de control; y ello representa una extraordinaria revolución, ¿no es así? Sólo podéis estar libres de eso cuando veis la verdad de que es falso creer que el pensador sea distinto de sus pensamientos. Esto es, cuando veis la verdad acerca de lo falso, estáis libres de lo falso. Durante un largo periodo hemos aceptado la idea de que el pensador es distinto de sus pensamientos; y ahora vemos que tal separación es falsa. Por lo tanto, viendo la verdad acerca de lo falso, quedáis libres de lo falso, con todo lo que ello implica: disciplinar, controlar, guiar, canalizar el pensamiento, poner el pensamiento en un molde definido de acción. Cuando hacéis todo eso aún os preocupa el pensador; por lo tanto pensador y pensamiento continuarán separados, lo cual es cosa falsa. Mas cuando veis la falsedad de todo eso, ello se os desprende y sólo queda el pensamiento. Luego podéis investigar el pensamiento; y entonces la mente es mera máquina del proceso de pensar, y el pensador no es distinto del pensamiento.

Ahora bien, la mente es el registrador, el experimentador, y por lo tanto la mente es recuerdo, memoria sensitiva; porque la mente es resultado de los sentidos. Así, pues, el pensamiento –que es producto de la mente– es sensorio; es obvio que el pensamiento es resultado de la sensación. La mente es el factor registrador, acumulador, la conciencia que experimenta, nombra y archiva. Es decir, la mente experimenta, luego designa a la experiencia como agradable o desagradable, y entonces la archiva, la pone en ese casillero que es la memoria. Esa memoria es la que responde a un nuevo reto. El reto es siempre nuevo; y el recuerdo, que es mero registro del pasado, se encuentra con lo nuevo. Este hacer frente a lo nuevo por lo viejo se llama vivencia. Ahora *bien*, el recuerdo carece de vida propia. Tiene vida, resulta revivificado, tan sólo al encontrarse con lo nuevo. Lo nuevo, por consiguiente, siempre está dando vida a lo viejo. Es decir, cuando la memoria hace frente al reto -que siempre es nuevo- gana vida y se fortalece con esa experiencia. Examinad vuestra propia memoria y

veréis que no tiene vitalidad en sí misma; más cuando la memoria hace frente a lo nuevo y traduce lo nuevo de acuerdo a su propio "condicionamiento", resulta ⁶⁵revivificada. La memoria, pues, sólo tiene vida cuando hace frente a lo nuevo; y siempre se hace revivir y se fortalece a sí misma. A esta revivificación de la memoria se le llama pensar. Observad que es muy importante comprender todo esto, pero no sé hasta qué punto deseáis ahondarlo.

De suerte que el pensar es siempre una respuesta condicionada; es un proceso de reacción ante un reto. El reto siempre es nuevo; pero el pensar, que es una respuesta derivada del recuerdo, es siempre lo viejo revivificado. Es muy importante comprender esto. El pensamiento jamás puede ser nuevo, porque el pensar es la respuesta de la memoria; y esta respuesta de la memoria se vuelve vital cuando se encuentra con lo nuevo y de él deriva vida. Pero el pensar en sí jamás es nuevo. Por lo tanto el pensar nunca puede ser creador, siendo, como siempre lo es, la respuesta del recuerdo. Ahora bien, nuestra mente, nuestros pensamientos, vagan por todas partes, y deseamos poner orden. Como lo *he* explicado, eso no puede hacerse por el control; porque en el momento en que la domináis, vuestra mente se vuelve exclusiva y se aísla. Si sólo acentuáis un pensamiento y excluís todos los demás, desarróllese un proceso de aislamiento. Una mente así, por consiguiente, nunca puede ser libre. Puede aislarse, pero el aislamiento no es la libertad. Una mente controlada no es una mente libre.

Nuestro problema, pues, consiste en que nuestros pensamientos vagan por todas partes, y, naturalmente, queremos poner orden; ¿pero cómo ha de producirse el orden? Ahora bien, para comprender una máquina que gira rápidamente, debéis hacer que gire más despacio, ¿no es así? Si deseáis comprender un dínamo, hay que hacerlo girar más despacio y estudiarlo; mas si lo detenéis es cosa muerta, y una cosa muerta jamás puede ser comprendida; sólo una cosa viva puede ser comprendida. Así, pues, una mente que ha matado los pensamientos mediante la exclusión, el aislamiento, no puede tener comprensión; pero la mente puede comprender el pensamiento si al proceso de pensar se lo torna más lento. Si habéis visto pasar lentamente una película cinematográfica, comprenderéis el maravilloso movimiento de los músculos de un caballo cuando salta. Hay belleza en ese lento movimiento de los músculos; pero cuando el caballo salta de prisa y el movimiento termina en seguida, aquella belleza se pierde. De un modo análogo, cuando la mente se mueve con lentitud porque desea comprender cada pensamiento a medida que surge, entonces se está libre del pensar, del pensamiento controlado y disciplinado. Como el pensamiento es la **respuesta de** la memoria, nunca puede⁶⁵ ser creador. Sólo haciendo frente a lo nuevo como nuevo, a lo fresco como fresco, hay ser creador. La mente es el registrador, el colector de recuerdos; y mientras el reto haga revivir el recuerdo, el proceso de pensar tiene que proseguir. Pero si cada pensamiento es observado, sentido hasta el final, plenamente penetrado y completamente entendido, entonces hallaréis que la Memoria empieza a marchitarse. Hablamos de la Memoria psicológica, no de la memoria "factual".

El pensamiento, que es la respuesta de la memoria, surge tan sólo cuando una experiencia no ha sido plenamente comprendida, por lo cual deja un residuo. Cuando comprendéis una experiencia completamente, ella no deja recuerdo, ningún residuo psicológico. El pensamiento es la respuesta del residuo, o sea de la memoria; y si podéis completar un pensamiento, examinarlo a fondo, sentirlo del todo, en la plenitud de su extensión, su residuo queda suprimido. Examinar plenamente un pensamiento, un sentimiento, resulta muy arduo; porque, cuando empezáis a examinar un pensamiento, otros pensamientos se insinúan. Andáis, pues, dando vueltas, persiguiendo desesperadamente un pensamiento tras otro, a causa de la rapidez de cada pensamiento. Pero si os interesa examinar un pensamiento plenamente, experimentad anotando los pensamientos que surgen; consignadlos simplemente al papel, y luego observad lo que habéis escrito. En esa observación, vuestra

mente funciona más despacio, porque, para estudiar, ella debe disminuir su rapidez; lo cual no es compulsión ni disciplina. Bas-ta que escribáis unos cuantos de vuestros pensamientos y los observéis, los estudiéis, para que vuestra mente ande en seguida más despacio. Observad vuestra mente ahora, mientras escucháis, y ved qué hace. Se mueve muy lentamente. No tenéis innumerables pensamientos; sólo seguís uno, el que estoy explicando. Vuestra mente, por lo tanto, funciona más despacio, por lo cual es capaz de seguir un pensamiento hasta el final. Cuando todo pensamiento ha sido seguido hasta el final y la mente está desnuda de recuerdos, ella se tranquiliza y no tiene problemas.

¿Por qué? Porque el creador del problema, que es la memoria, cesa; y en esa quietud, que es absoluta, la realidad se manifiesta. Todo este proceso, que esta tarde hemos descubierto con respecto a esta cuestión en particular, es meditación. La meditación es conocimiento propio, que es la base del verdadero pensar; y cuando hay verdadero pensar hay comprensión, y por lo mismo acción justa. Pero la meditación se vuelve imitativa y no tiene sentido ⁶⁵ alguno cuando el pensador no es comprendido. Cuando el pensador se separa de sus pensamientos y busca dominarlos, avanza hacia la ilusión, mientras que el, ver la verdad acerca de Jo falso os libra de Jo falso. Entonces sólo queda el pensamiento, y al comprender el pensamiento plenamente, viene la quietud. En esa quietud hay creación. Es decir, cuando la mente deja de crear, surge una creación que está más allá del tiempo, que es inconmensurable, que es lo real.

Marzo 7 de 1948

